

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1870. — TOMO XXXVI.

EDITORES-PROPIETARIOS: X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

AÑO 29. — N° 924.

Administracion general, passage Saulnier, número 4, en Paris.

SUMARIO.

Las fortificaciones de Paris; grabados. — Revista española. — Teatro de la guerra; grabados. — Revista de Paris. — La revolucion del 4 de setiembre en Paris; grabados. — Escenas de la vida inglesa. — La Guerra Ilustrada; grabados. — El abastecimiento de Paris: Los bueyes y los carneros en el bosque de Boulogne; grabado. — El sitio de Paris; grabado. — De Villahermosa á la China. — Problemas de ajedrez; grabado. — El aspecto de Paris; grabados.

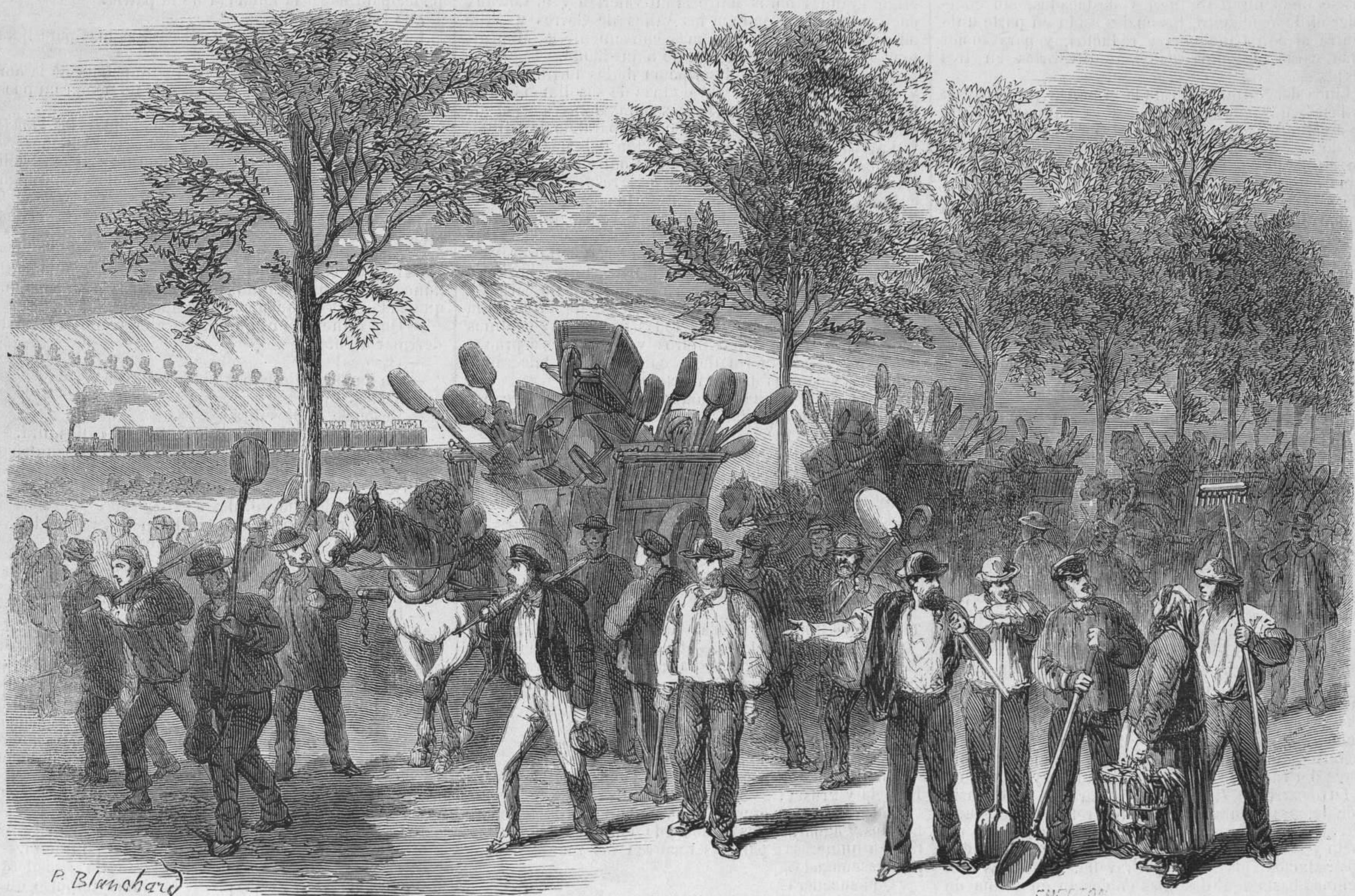
Las fortificaciones de Paris.

Entre la confluencia del Marne y del Oise con el navegable Sena, cuyas aguas tienen aquí 80 piés de elevacion sobre el nivel del mar, en medio de una llanura de la antigua isla de Francia, en la cual se levantan de un lado del rio las colinas de Montmartre (394 piés), Belleville (344), Menilmontant y Charonne, circunscribiendo su orilla, y al otro lado las mas lejanas de Mont-Valérien (495), Saint-Cloud (306), Sevres, Meudon é Issy, está situado Paris, dividido en dos partes desiguales por un arco del Sena, que corre de Oriente á Occi-

dente, con una anchura de 200 á 300 piés. La parte del Norte es la mas grande; 21 puentes mantienen el tráfico entre ambas. La forma de Paris puede compararse á la de un óvalo un tanto deprimido por el lado derecho. Su longitud máxima es de seis millas.

Paris, segun el censo de 1866, constaba de 4.825,274 habitantes y unas 90,000 casas: es, pues, Paris mas populoso que los reinos de Dinamarca y Wurtemberg. Su superficie es de 7,800 hectáreas, ó sea cinco y pico millas cuadradas; su circunferencia 34 kilómetros, ó sea siete horas de camino.

Si echamos una ojeada sobre los alrededores inme-



P. Blanchard

SMEETON.

Jornaleros de las cercanias de Paris yendo á trabajar á las fortificaciones.

diatos de París, no vemos otra cosa que una prolongación no interrumpida de arrabales. En una zona de una legua, fuera de los límites del distrito de París, propiamente dicho, se encuentran nada menos que cuarenta poblaciones, entre ellas las siguientes: Saint-Denis, con 26,417 habitantes, célebre por su convento de benedictinos. — Neuilly, con 17,343. — Courbevoie, con 9,862. — Puteaux, con 9,428. — Clichy, con 13,666. — Boulogne, con 17,343. — Saint-Cloud, con 52,408. — Sevres, con 6,754. — Auteuil, con 5,024. — Sceaux, con 10,199. — Charenton, con 6,190. — Vincennes, con 14,573. — Montreuil, con 9,235. — Pantin, con 8,563. — Aubervilliers, con 9,240, etc.; todo lo cual forma una cifra adicional de mas de 900,000 habitantes.

Si ahora nos alejamos legua y media á dos leguas de la ronda de París, encontraremos: Versailles, con 44,021 habitantes; Saint-Germain, con 17,476; Argenteuil, con 8,476, etc.; y sin exageración puede decirse que la totalidad del país, dentro de un radio de seis leguas, está enteramente cubierta con populosas ciudades y villas, casas de campo, haciendas, huertas, jardines, etc.

Numerosos ferro-carriles y carreteras cruzándose en todas direcciones y confluyendo unos con otros, van mostrando el camino hácia el corazón de Francia.

París ha sido fortificada desde 1841, y principalmente en aquel año y los inmediatos, bajo el reinado de Luis Felipe y por consejo de su ministro M. Thiers. El objeto de estas fortificaciones fué el hacer imposible en lo sucesivo la toma de París, cual tuvo lugar en 1814 y 1815. Tal fué al menos el pretexto oficial. Durante el reinado de Napoleón III, ha tenido lugar un engrandecimiento de las fortificaciones, en consecuencia de las reformas interiores llevadas á cabo con un plan regular y preconcebido por el prefecto Haussmann. Porque aun cuando demos por supuesto que las reformas hoy completas de Haussmann no tuvieran por principal objeto sino el embellecimiento y saneamiento de la ciudad, basta, sin embargo, dirigir una mirada á las anchas y rectas calles y espaciosas plazas situadas en puntos y direcciones estratégicas, así como á los grandes y fuertes cuarteles, para convencerse de que todas estas reformas tienen también una importancia política.

Veamos ahora de hacer una descripción de las obras de fortificación propiamente dichas.

El amurallamiento de París consiste en un muro reentrante con su camino militar, foso y glacis.

Ochenta y cinco bastiones y obras salientes defienden la zona inmediata y el foso, cuya anchura es de 35 piés, y está en comunicación con el Sena por medio de canales. El camino militar que mantiene las comunicaciones del lado adentro está embaldosado. Inmediata y paralela á él corre la «ligne de ceinture», que une entre sí las ocho estaciones de los ferro-carriles que afluyen á París. La muralla está horadada por 66 puertas, en todas las cuales hay oficinas de recaudación, de aduanas ó consumos.

Aparte de la muralla y hasta una distancia de dos millas se encuentran 48 fuertes destacados, sin comprender el de Vincennes, los cuales están en parte unidos entre sí con trincheras y reductos, y para mejor hacerse cargo de ellos conviene dividirlos en tres partes:

1ª Línea del Norte. — Sin duda el punto principal de todas las fortificaciones exteriores es Saint-Denis, al norte de Montmartre. Este arrabal por sí solo está rodeado de tres grandes fuertes. A la izquierda y adelantando en la dirección del ferro-carril de Enghien y Montmorency, hasta mas allá del lugar donde el canal de Saint-Denis desagua en el Sena, está el fuerte de la Briche; al Norte, del otro lado del riachuelo, Rossillon, la double couronne du Nord, y al sudeste el fuerte de l'Est. Estas tres obras están en comunicación por medio de una muralla y foso, y el todo se hace todavía mas fuerte por medio de una inundación fácilmente practicable y cubierta por el reducto Steims, de suerte que Saint-Denis puede considerarse como una fortaleza por sí solo. A 4,000 pasos sudeste del fuerte de l'Est, y por tanto mas cerca de París, se encuentra igualmente en la llanura, el fuerte de Aubervilliers. Entre ambos corre el ferro-carril de Soissons y el canal de Saint-Denis. La tierra acumulada á orillas de este forma una especie de parapeto, fortalecido con tres reductos.

Mas allá aun, á 8,200 pasos de distancia, al otro lado del canal de L'Urcq y del ferro-carril de Estrasburgo, pero á cierta altura, en una meseta desprendida de la columna de Belleville y Pantin, está el fuerte de Romainville, el cual dista solamente de la muralla principal de París 1,800 pasos.

De aquí desciende cuesta abajo hácia el canal de L'Urcq una série de trincheras, Este y Sur, siempre por la vertiente exterior de la colina y paralelamente al ferro-carril de Mulhouse, se encuentran sucesivamente los fuertes de Moisy (3,500 piés), Rosny (3,200) y Nogent (3,800). Aquí concluye la loma que comenzó en Beneville, la cual declina rápidamente hácia el Marne. Entre los fuertes mencionados se encuentran además á cortos intervalos y en la misma dirección, los reductos de Noisy, Montreuil, Boissiere y Fontenay.

El Marne, que tiene aquí 400 pasos de anchura, forma cerca del istmo de Saint-Maux, donde hay un puente y del ferro-carril de Vincennes á la Varenne una considerable defensa natural, todavía mas reforzada por una trinchera de 2,800 pasos de longitud, consistente en parapeto y foso, y flanqueada en dos sus extremidades por los reductos Faisanderie y Gravelle. Todas las fortificaciones hasta aquí descritas encierran en forma de medio círculo el fuerte castillo de Vincennes, en el cual

se encuentra el principal arsenal de París, y cuyo campo de Marte, destinado á los ejercicios de artillería y maniobras, se dilata por el Sur hasta las orillas del Marne.

Al otro lado de este rio, en el ángulo formado por la confluencia del Marne y del Sena, cerca de Alfort y á la derecha del ferro-carril de Lyon, se encuentra el fuerte Charenton, donde concluye nuestra primera línea de fortificaciones. Este fuerte es tanto mas formidable, cuanto que el espacio que encierra se asemeja á un campo atrincherado, donde pueden fácilmente acampar 20,000 hombres.

2ª Línea del Sur. — Esta comienza sobre la orilla izquierda del Sena, enfrente del fuerte Charenton, á una distancia de 4,000 pasos, con el fuerte de Ivry, colocado en una pequeña altura. Tirando desde aquí una línea en dirección de Este á Oeste, se encuentran sucesivamente á intervalos de 3,000 piés, poco mas ó menos, los fuertes de Bicetre, Montrouge, Vanves ó Issy. El último se halla á 50 piés del Sena, que aquí penetra de nuevo en el recinto de la ciudad. Entre los mismos fuertes corren los ferro-carriles de Limours, Sceaux y Versailles (route gauche). Los tres últimos, desde que se ha inventado la nueva artillería, se encuentran dominados por las colinas de Bagneux y Meudon.

3ª Línea occidental, formada por el Sena en dirección Norte y nordeste pasando por Meudon, Sevres, Saint-Cloud, Boulogne, Suresnes, Puteaux, Courbevoie (cuarteles), Neuilly y Asnieres, Clichy y Saint-Ouen, situados á derecha ó izquierda del mismo rio, es fuerte por su propia naturaleza. Entre el Sena y la ciudad está el famoso bosque de Boulogne; cinco puentes unen en este espacio las dos orillas del Sena, y en la estación de Asnieres, sobre la orilla izquierda, se reúnen los ferro-carriles de Dieppe, Saint-Germain y Versailles (ligne droite), para atravesar juntos el rio sobre un ancho viaducto. Un solo fuerte, pero el mas grande y fuerte de todos, el de Mont-Valérien, colocado á una altura de 415 piés sobre la superficie del Sena, y que tiene soberbias vistas sobre París, domina toda la comarca. Un camino embaldosado une el Mont-Valérien por medio del puente de Suresnes con el bosque de Boulogne.

Las distancias entre esta fortaleza y las mas inmediatas, son: á Fort Saint-Denis, en línea recta, 16,500 pasos; á Fort d'Issy, 10,000 pasos, donde se ve que el sistema de fortificaciones de París presenta aquí una gran solución de continuidad. A esta se referia sin duda el ministro de la Guerra Déjean, en su informe á la emperatriz, fecha 2 del corriente, al decir que el comité de defensa de París habia hecho constar la existencia de una importantísima laguna en las fortificaciones de París, y que empezarian inmediatamente los trabajos para la creación de ciertas obras, cuyos proyectos estaban ya preparados de antemano. *Le Soir* y *le Constitutionnel* han tenido la indiscreción de decir que la importantísima laguna de que habla el ministro se encuentra en el valle del bajo Sena; que es necesario erigir grandes obras entre Mont-Valérien y el Coteaux de Meudon, que dominen los valles de Sevres y Ville d'Avray, y que el punto mas conveniente es Montretout, inmediato á la estación de Saint-Cloud.

Hemos concluido la descripción de las fortificaciones y vamos solamente á decir algunas de sus dimensiones: la distancia mayor es la que separa Mont-Valérien de Fort de Nogent, coincidiendo con el paralelo de latitud, y tiene 27,000 pasos. En la dirección del meridiano, la mayor distancia es de 29,000 pasos entre Saint-Denis y Fort de Bicetre. El perímetro que resultaria uniendo entre sí por línea recta los puntos mas exteriores, seria de 70,000 pasos, ó sea doce horas y veinte minutos de camino.

Réstanos advertir que todos los fuertes exteriores están bastionados y que además los de Noisy, Rosny y Nogent están provistos de hornabeques. Sus escarpas y contraescarpas son tan altas como las de la muralla principal de la ciudad. Por todas partes hay caminos cubiertos, sostenidos por muros y polvorines á prueba de bomba. Cada fuerte tiene comunicación telegráfica con París y con los demás fuertes.

A juzgar por lo que llevamos dicho, no puede haber la menor duda que París es la mas grande y también una de las mas fuertes plazas militares del mundo.

Revista española.

Temores. — Historia de todas las revoluciones políticas. — Los hombres de talento. — Lo que piensa el pueblo. — Sus mayores enemigos. — La guerra civil en España. — Un romance. — Rasgos de abnegación. — Situación del país.

¿Habremos llegado al principio del fin?

Guerra horrible, espantosa, incomprensible entre Francia y Prusia: guerra civil en España.

A la hora en que escribo, los republicanos cuentan sus huestes y aguardan las noticias de Francia: los carlistas, en numerosas partidas recorren las montañas del país vascongado.

¿Qué sucederá?

La raza latina atraviesa el período mas crítico de su

vida, y si fuera yo pesimista, que no lo soy, creeria que habia llegado á su mayor decadencia.

Cerca de ochenta años de revolución han destruido las fuerzas de esta raza, y cansada de luchas solo ve al acercarse á su bello ideal que ha perseguido una ilusión.

La realidad tiene que ser y es dolorosa.

Las pasiones, convertidas en furiosos torbellinos destruyen, pero no edifican.

Las dinastías caen, los pueblos salen de una dictadura para caer en otra, y en medio de las maravillas de la civilización, de los delirios del lujo, los hombres del siglo XIX vuelven los ojos á aquellas épocas patriarcales, á aquella edad de oro en que las pulsaciones de la sociedad harian creer á nuestros médicos que estaba clorótica.

Siento tener que ocuparme de política; pero todo es hoy política.

En la plaza, en la calle, en el salón y en el gabinete, en todas partes se habla de política, porque esta es la enfermedad que padecemos y hay que curarla á toda costa.

Triste condición la de los pueblos.

Desde la primera sociedad que se fundó hasta la sociedad de que formamos parte, no ha adelantado un solo paso la humanidad.

Hay en los pueblos una gran masa que se mueve siempre al impulso de las pasiones de unos cuantos hombres de talento, de audacia y de poca aprensión.

Mientras estos son pocos, domina en los pueblos ese sistema de gobierno que se llama absolutismo, ó lo que es lo mismo, mientras hay empleos, honores, condecoraciones y cuartos para todos los hombres de talento que se dedican á la política, se unen al soberano, sea varón ó hembra, le adornan con todas las bellezas y virtudes que su imaginación, haciendo las veces de estómago agradecido les inspira, y emplean su ingenio, su elocuencia, su voz y su pluma en decir á esa gran masa:

— ¡Esto es la gloria! Tenemos un rey que es un ángel: bendecidle, adoradle, hincaos de rodillas, cuando pase besad sus huellas, etc., etc.

Y la masa del pueblo, que vive cumpliendo el precepto divino que nos manda ganar el pan con el sudor de nuestra frente, cuando tiene cubiertas sus atenciones se cree felicísima, gracias al soberano que debe á la Providencia, permitiéndose pensar muy bajo, cuando sufre escaseces, que el mundo podia estar algo mejor arreglado.

Pero andando el tiempo, ocho ó diez individuos de los que observan al hombre de talento, audacia y poca aprensión que está en candelero, aguijonados por la envidia y viendo que tienen tantos elementos como ellos para medrar, aspiran á imitarlos en todo y por todo.

Entonces hay mas candidatos que prebendas, y aquí tienen Vds., hablando en plata, el verdadero origen de todos los partidos, escuelas y grupos que se disputan el poder para hacer la felicidad de la patria.

¿Se rien ustedes?

Lo siento, porque creo que el caso es mas para llorar que para reír.

El parlamentarismo es el efecto inmediato de la ambición de los hombres de chispa que no tienen un puesto en el festín.

Entonces es cuando empiezan los ataques, las luchas, las intrigas, las conspiraciones y las insurrecciones.

Los desheredados se coaligan siempre contra el feliz que rige los destinos del pueblo, y cobra un pingüe sueldo por este trabajo.

— ¡Es necesario que caiga Fulano! grita el mas audaz.

— Sí, sí, que caiga; repiten todos.

— Pero si cae, es necesario reemplazarle, añade alguno de los mas cándidos, y para ese caso conviene que cada cual exponga sus principios.

— Qué principios ni qué fines; ahora solo se trata de derribar á Fulano.

— ¡Eso es!

— En derribarle estamos todos conformes.

— Todos.

— Despues... ¡Dios dirá!

No todos los hombres políticos dicen: «Dios dirá.» Sin ir mas lejos, cuentan que cuando preguntaban hace dos años á nuestro hombre de Estado don Salustiano Olózaga:

— ¿Qué es lo que Vd. desea?

— Destruir los obstáculos tradicionales, respondia.

— Acabar con la dinastía ¿no es eso?

— ¡Pues!

— Y luego ¿qué vendrá?

— Lo ignoro y me preocupo en saberlo.

— Pero don Salustiano... mire usted.

— Nada, nada... quitemos lo que estorba y despues... ¡La naturaleza tiene horror al vacío!

Pero haciendo abstracción de este caso, y generalizando mis apreciaciones, la triste verdad que deduzco es, que lo mismo en los tiempos del absolutismo que en los de la libertad, unos cuantos caballeros se hacen los amos de las naciones, buscan á las masas para elevarse, explotando su debilidad ó sus pasiones y despues de subir se divierten con ellas como Fernando VII cuando era niño, con los inocentes pajarillos que caian en sus manos.

Todo por el deseo de vivir sin trabajar.

Y el trabajo es una ley ineludible de la naturaleza.

Hay mas: el trabajo es en los pueblos la verdadera, la única fuente de la riqueza; el único impulso que lleva las sociedades á la civilización y al apogeo.

La causa y el efecto constiuyen el bienestar, y el bienestar hace á los hombres honrados y moraliza las costumbres.

Pero el trabajo causa fatiga.

Durante el día cesa muchas veces el obrero en su tarea, y mientras limpia el sudor que corre por su frente, contempla por ejemplo desde el elevado y peligroso andamio al joven elegante ricamente vestido ó al elevado magnate que cruzan delante de él, á pié el primero, en lujosa carretela el segundo, buscando el medio de distraer su ociosidad ó de encontrar un nuevo goce.

— ¡Qué injusto es el mundo! exclama el obrero... unos lo gozan todo y otros lo sufren todo.

Si los hombres de talento cumplieran entonces su verdadera mision, dirian al inconsciente escéptico:

— ¡Estás equivocado! Esa injusticia que supones no existe. Nadie puede eludir la ley del trabajo, y si observarás bien, verías como los que te parecen tan felices lo son menos que tú. Mientras tu cuerpo se desarrolla y domina las intemperies, mientras el trabajo corporal mantiene en perfecto estado todos los órganos que te sirven para vivir, el hombre á quien envidias trabaja, empobreciendo su salud, para el médico, el boticario, los industriales que expenden drogas, los artifices que inventan muebles cómodos, etc., etc.; y muchas veces cuando el joven elegante, ó el magnate arrelianado en su carretela, pasan junto al pequeño espacio en que sentados tú, tu esposa y tus hijos en torno de una cazuela de sopas; ellos que tienen mucho dinero, que no exponen su vida subiendo á un andamio, que son los que segun tu juicio *lo gozan todo*, te miran con envidia, y se dicen á su vez:

« — Qué felices son esas gentes; su estómago digiere bien, la piedra en que se sientan les parece mas blanda que á mí un *colchon Fénié*, y sus hijos están llenos de salud y de vida, en tanto que los míos se consumen bajo el peso de los cuidados de los lacayos que los rodean, de las precauciones que se toman para evitarles males. »

Pero no es esto solo: tú, mísero obrero, disfrutas un placer inmenso cuando llega el domingo, descansas, sales al campo á respirar un aire puro, y una merienda, una partida de brisca, un baile, la cosa mas insignificante te divierte, reanima tus fuerzas, mientras que el rico ocioso necesita que la Patti cante para poder dormir un poco en una butaca de la Opera, necesita cambiar á cada instante el mobiliario y los adornos de su casa, para evitar los efectos de la monotonía; necesita pedir cocineros á Italia para estimular un poco su apetito; y despues de todo esto, como su imaginacion está cansada, como sus nervios están excitados, se acuesta sobre un mullido lecho para velar, en tanto que tú caes sobre el duro jergon, y apenas caes te duermes, y al despertar vuelves á tu trabajo, á ese trabajo que te permite sostener una familia y cumplir ante la sociedad la mision que al nacer te ha impuesto la Providencia.

¿Eres económico? el ahorro te dará tranquilidad; el mañana no será para tí un oscuro problema.

¿Eres laborioso, inteligente, probo? siempre tendrás trabajo.

¿Tienes talento? pues bien, la sociedad admirándote te elevará, y sin dejar de trabajar hallarás en el aplauso de la muchedumbre la satisfaccion de tus aspiraciones.

Por lo demás ni el rico, ni el ocioso eluden la ley del trabajo.

Dejándose dominar por los vicios, entregándose á la molición, viviendo rodeados de goces, llenos de dinero *trabajan*, y trabajan para tí; porque ellos enriquecen al artista, al hombre de carrera, al comerciante, al industrial, y el trabajo de estos, aumentando su capital, es la base de tu trabajo; porque entonces fabrican estas casas; labran tierras; y sin esos séres mas desgraciados que tú, la riqueza estacionada, muerta, no llevaría la savia y la vida á todas las clases de la sociedad.

Si los hombres de talento hablaran este lenguaje, el obrero comprendería que la riqueza es hija del trabajo, la trataria paternalmente y no existiría esa terrible lucha que vienen sosteniendo en nuestro siglo la riqueza y el trabajo, la propiedad y el socialismo.

Pero los que deben ilustrar á las masas, en vez de decir al propietario:

— ¡Sin el obrero no eres nada!

Y al obrero:

— Sin el propietario tu único porvenir es la miseria.

En vez de hablar este lenguaje, repito, se dicen:

— Yo necesito subir; para subir necesito imponer, para imponer necesito gente.

Y esta gente la buscan explotando unas veces el fanatismo religioso; explotando otras el desfallecimiento, el cansancio y la envidia de las clases trabajadoras; buscando en fin en los ejércitos la sed de ascensos de los jefes, el deseo de volver á sus casas de los soldados.

Y los hombres de talento no reparan en nada con tal de conseguir sus fines.

Tan pronto estimulan el sentimiento religioso de las masas, como las impulsan contra la religion robándoles ese supremo goce del alma que se llama la fe, la esperanza y la caridad.

Cuando por este medio no están seguros del triunfo, ofrecen al obrero ociosidad, riqueza; le prometen parte de lo que poseen los ricos, y tentado por el demonio de la codicia, las masas se agrupan en torno del hombre audaz que les brinda esta imposible felicidad y se prestan á servirle de escabel.

Pero ¡ay! de un modo ó de otro, la inmutable ley de la gravedad hace que todas las cosas vuelvan á su asiento.

El que á hierro mata á hierro muere.

Los que han subido al poder en alas de una utopia, de una infamia ó de una ilusion, encuentran sus mayores, sus mas formidables enemigos en los que les han servido para subir.

Los que han dicho: « La religion es mentira » encuentran su castigo en la reaccion religiosa que se opera en las masas, porque las masas no pueden vivir sin religion.

Los que se han elevado en alas del socialismo, se encuentran entre este que pide el cumplimiento de la promesa hecha, y de la propiedad que despierta amenazadora ante el peligro.

Como el hombre elevado mejora de fortuna y la fortuna es conservadora, el demagogo se hace tirano y manda ametrallar á las masas.

Heridas estas se vengán, y la historia está llena de casos en que los ídolos de los pueblos han sido arrastrados por sus adoradores.

Puede ser que el lector, despues de leer las anteriores reflexiones exclame:

— ¿Y á qué viene este largo rumor? ¿Es una leccion de filosofia ó una revista lo que nos ofrece el cronista?

— Esto, lectores bondadosos, respondo yo, es filosofia y es crónica. Hoy en la esfera pública y en la privada no se halla mas que el cuadro que he trazado. Vivimos en un período de revolucion, las ideas luchan, las pasiones arrastran, y la sociedad universal, y particularmente la española, atraviesan un período de crisis.

Por una u otra causa todos los lectores del *Correo de Ultramar* se preocupan de España.

En España no tenemos aun una situacion definitiva.

Ante una desdicha todos los que la presencian buscan una solucion, buscan un remedio.

¿Puede esperarse este de las ideas? ¿Puede esperarse de los hombres?

Cayó una dinastía como caen en otoño las hojas de los árboles: desde entonces vivimos bajo la tutela de tres partidos que no se entienden, las fuerzas de la nacion se gastan, y la nacion, cayendo en la indiferencia, en el escepticismo, se conforma con esperar todo del azar.

Mientras unos pocos políticos hacen y deshacen lo que quieren, el país llora en los campos y se divierte en las ciudades.

Si hubiérais pasado una semana en San Sebastian, hubiérais visto reunidas en aquella capital las familias mas distinguidas y mas ricas de España.

Y como si estuviéramos en el emporio de las dichas, aquellas damas solo pensaban en lucir sus magníficos trajes.

Millones de millones sumaba el paseo de la Zurriola por las tardes en los vestidos, en los adornos, en las joyas que ostentaban allí las madrileñas.

Bailes, espectáculos de todos géneros, saraos, amenizaban su estancia, y la ruleta del palacio Judo arruinaba á los cándidos.

Aquella gente, presidida por el placer, solo se ocupaba en gozar. ¡Qué le importaba la trascendental guerra entre Francia y Prusia, qué los apuros del tesoro de España, qué las conspiraciones de los partidos?

Pero llegó el día 24, corrió la voz de que los carlistas habian pasado la frontera, se presentaron varias partidas y todos huyeron.

En efecto, este mes puedo anunciar á Vds. el principio de la guerra civil.

Por un lado los republicanos, esperando la conclusion del imperio francés y el triunfo de la República, hacen preparativos: por otro lado los carlistas se aprestan á luchar.

Entre los dos partidos extremos, el gobierno no encuentra rey, y nadie hay que pueda presumir qué es lo que pasará en España en el mes de setiembre.

Los republicanos opusieron al gobierno un ejército de 4,000 hombres cuando se sublevaron; los carlistas son quizás mas numerosos.

¿Quién resuelve el problema?

En los momentos en que escribo circula con mucha profusion entre los carlistas un libro que se titula *el Romancero Español de Carlos VII*. En él, se refieren episodios que presentan á este joven príncipe como un modelo de hidalguía y valor españoles.

Sin duda está llamado á encender mas y mas el entusiasmo de los carlistas.

Para dar una idea de este librito voy á copiar uno de los romances, que es, segun parece, la narracion de un episodio auténtico.

De este modo conocerán los lectores el espíritu de una parte de los españoles.

Titúlase el romance *la Providencia*, y dice así:

Aun no ha despuntado el día,

Aun está el mundo en tinieblas,

Aun sobre el azul del cielo

Brillan luceros y estrellas.

Por la parte que aun el eco

Melancólico recuerda

De los bardos lemosines

Las trovas y las endechas,

Las cumbres del Pirineo

Abren escarpadas sendas

A dos jinetes gallardos
Que avanzan á la frontera.

Uno de ellos es mancebo
Pero parece un atleta,
Mejor mandoble que espada
Debe manejar su diestra.

Anchos hombros, alto pecho,
Noble faz, figura esbelta,
Ojos negros centellantes:
Tal es su figura apuesta.

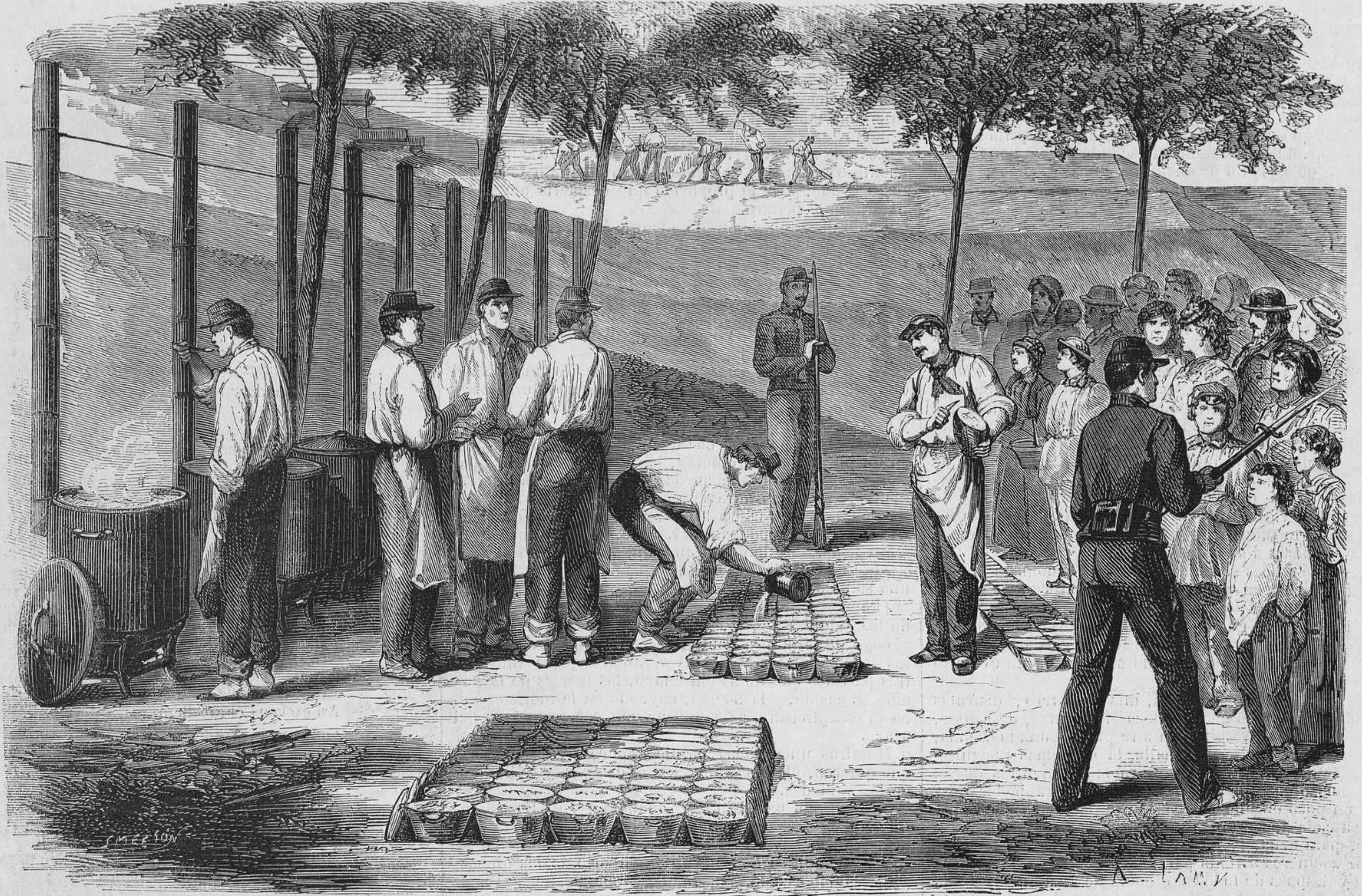
De mas edad, aunque joven.
Es el que marcha á su izquierda;
Pero á juzgar por su aspecto,
De su servidor se precia.

Van sin armas y en silencio,
Solo en el campo resuena
El trote de los caballos
Al herir las duras peñas.

Despues de andar largo trecho
Se detiene el de la izquierda:
« — Aquí termina la Francia,
Dice, y aquí España empieza. »
« — Noble patria de mis padres
Bendita, bendita seas. »
Así exclama el caballero
Con emocion, salta en tierra,
Dobla al punto la rodilla,
Se inclina y el suelo besa.
Obra es todo de un momento,
Y recogiendo las riendas,
Vuelve á montar á caballo
Y exclama altivo: « A Figueras. »

Los dos parten á galope;
El día á rayar empieza;
Allá á lo lejos descubren
Entre las últimas nieblas
De un indomable castillo
Las elevadas almenas.
« — Allí renacerá España.
El joven apuesto piensa:
Ese será el Covadonga
Que libre á mi patria entera
De los hijos miserables
Que con su sangre comercian. »
Movido por este impulso,
Guiado por esta idea,
Sin pensar en los peligros
Avanza á la fortaleza.

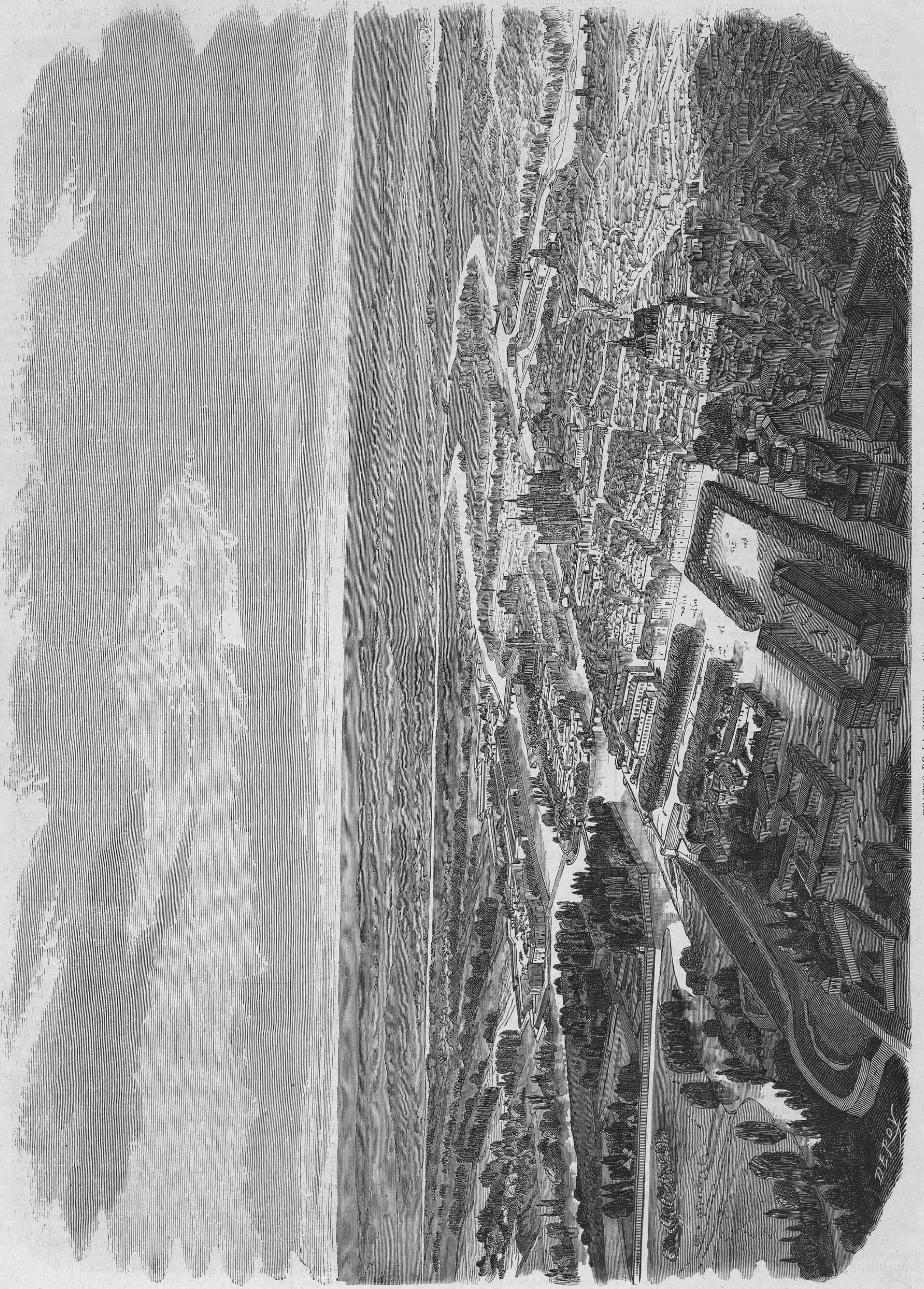
De pronto abriéndose paso
Por entre rocas y breñas,
Sale un hombre, se detiene,
Y á los jinetes espera.
« — Señor, exclama, ya es tarde,
Ha habido traidoras lenguas:
Desterrados los amigos,
Los enemigos acechan.
Todo se ha perdido, todo.
« — Todo no; la fe me queda,
Y siempre fué la Justicia
Vencedora de la Fuerza.
Así dice, y al instante
Vuelve hácia Francia las riendas,
En tanto que el hilo eléctrico
Rápido anuncia su vuelta,
Y le tiende una emboscada
Al llegar á la frontera.
Apenas los dos jinetes
Al suelo extranjero llegan,
Salen á su encuentro tropas
Que los siguen y los cercan.
Un capitán de gendarmes,
De noble y franca presencia,
— ¿A dónde vais? les pregunta.
— A Francia vamos, contestan.
— En ella estais, y es notorio
Que los que en su suelo entran



Obreros del cuerpo de ingenieros en las fortificaciones de Paris. — El rancho.



TEATRO DE LA GUERRA. — Saint-Menehould.



TEATRO DE LA GUERRA. — Vista general de la ciudad de Metz.

Tienen que decir sus nombres,
Si de ellos no se avergüenzan.
— Arrestadme desde luego,
Dice el jóven, pues mi estrella
Me obliga á callar el mio.
— Pertenezco á la nobleza
De España, repone el otro;
Este papel lo demuestra
Y abono á quien va conmigo.
— No quiero que tal suceda;
Yo solo soy responsable
De mis actos; daré cuenta
De mi conducta á mis jueces,
Dice el jóven; si condenan
Mis intenciones, tranquila
Esperará mi conciencia.
Prendednos... El capitán
Mira al jóven con fijeza,
Y murmurando entre dientes:
«— Digno es de su noble empresa»
Manda á los dos que le sigan,
Y á una hostería que hay cerca
Por sus tropas escoltados,
Como arrestados los lleva.
Adios noble y santa causa,
Adios, esperanza nuestra.
Triste fin aguarda al héroe
Que en nuestra ventura sueña.
Al llegar á la posada
Piden vasos y botellas.
El jóven llena una copa,
Con entusiasmo la eleva,
Y dice: «Brindo, señores,
Por el gran hombre que impera
En la hospitalaria Francia.»
Apura el vaso y se sienta.
— Y yo, exclama el capitán
Fijándose en la serena
Mirada del jóven, brindo
Por el que en la noble tierra
De España Sétimo Cárlos
Será en breve... Y con presteza
Descubriéndose y tendiendo
La mano al jóven, le estrecha
Y le dice: «Id en buen hora;
Sed lo que la Providencia
Quiera que seais: el iris
De paz, la espada severa
De la justicia, y el áncora
De salvacion.» La sorpresa
Detiene á los circunstantes;
De emoción ni á hablar aciertan.
Que marchen, á los soldados
El buen capitán ordena,
Y comunica este parte:
«Nadie pasó la frontera.»

Los dos amigos se abrazan:
— Señor, mi angustia era inmensa,
Dice el que acompaña al jóven.
— Marqués, el jóven contesta:
Cuando vengas á mi lado
A los peligros no temas.
Las bendiciones de un pueblo
Que ve en mí su historia entera,
La fe que guía mis pasos,
La justicia que aconseja
Mis actos, y el noble empeño
Que es mi vida, hacen que pueda
En los trances apurados
Contar con la Providencia»
Los dos la casa abandonan,
Y á pocos pasos encuentran
Una ermita do la Virgen
Los campesinos veneran.
Entran, se postran de hinojos,
Lloran de alegría, y rezan,
Y su plegaria, en el cielo
Se junta con la que elevan
Una esposa y una madre
Que lloran tristes su ausencia.

Hasta aquí el romance, que quiere dar una gran idea del caudillo, y está llamado á producir efecto entre sus partidarios.

No sé el efecto que producirá en mis lectores; lo que

puedo asegurar es que no he visto mas abnegacion ni mayor entusiasmo que en los que participan de estas ideas.

He leído una carta de uno de los pueblos en donde se han formado partidas:

«Ayer, dice un amigo á otro, han salido de aquí para la facción 40 mozos. El día anterior confesaron y cumularon todos con la mayor devoción.»

Asimismo me han hablado de uno de sus jefes.

Es rico y vive felicísimo con su esposa.
Deseaba un hijo y al cabo de algunos años de esperanza, se encuentra ahora próximo á ser padre.

Pues bien, le han llamado y todo lo ha sacrificado por acudir á su puesto.

— Si se triunfa, le han dicho, será Vd. capitán general.

— Si se triunfa, ha contestado, me volveré á mi casa á abrazar á mi mujer y á mi hijo, y á cuidar mi fortuna para hacerlos felices.

Todo esto se cuenta; pero si oyen Vds. á sus adversarios, son unos fanáticos y nada mas.

¡Maldita política! ¡Cuándo arrancaremos la venda que nos tiene ciegos!

Por de pronto, como he dicho, la guerra civil ha empezado, y no sabemos cómo ni cuándo acabará.

El capitán general de las Provincias Vascongadas ha publicado un bando, y en él anuncia que los que sean cogidos con las armas en la mano serán fusilados.

Además dice que por cada mozo que falte de un pueblo, tendrá que abonar el mismo pueblo 4,000 reales, respondiendo de esta cantidad los ayuntamientos y los curas.

Estó exacerbará los ánimos.

Dios se apiade de nosotros.

La situación que atravesamos es causa de que las familias vivan en el mayor retraimiento.

Los teatros prometen estar desanimados, apenas se publican libros, la lectura de los periódicos lo absorbe todo.

Las familias que han salido á veranear regresan, cada cual se encierra en su concha, y las gentes no hablan mas que de los sucesos de la horrosa guerra que tiene lugar en el mismo corazón de la Europa civilizada.

Quiera Dios que en mi próxima revista pueda escribir bajo la impresión de algun rayo de luz, de algun rayo de esperanza.

JULIO NOMBELA.

Madrid 31 de agosto de 1870.

Revista de Paris.

Ha llegado ya la hora solemne, la hora del combate. Paris está dispuesto y el enemigo, ese formidable enemigo que arrastra en pos de sí á todos los hombres válidos de Alemania, se encuentra ya á las puertas de la capital y va á comenzar el asedio, el ataque, verosíblemente el bombardeo. ¡El bombardeo de Paris! No acabamos de creer esta eventualidad que es, sin embargo, tan inminente. Paris no es solo cabeza de la Francia, sino que lo es de la Europa, de todo el mundo civilizado. En todas las épocas de la historia ha habido ciudades preponderantes. Paris es la gran ciudad del siglo XIX, el centro donde palpita nuestra civilización, la muestra incomparable de todos los adelantos, de las luces, del progreso, en el período histórico que atravesamos. Es una ciudad cosmopolita mas que francesa, como lo prueba la estadística de sus habitantes. No hay nación que no tenga en ella su colonia, porque su generosa hospitalidad convida á todo el mundo, porque la cultura de sus costumbres hace que en ella la vida sea para todos fácil y grata. Es como si dijéramos una propiedad común de la Europa en cuya conservación todos los pueblos están interesados.

Y no obstante, la Europa va á contemplar impasible el espectáculo horroroso que se prepara. Va á contemplar quizás su destrucción y su ruina, sin interponerse para detener los ataques de los invasores.

En vano se dirá que la Francia declaró la guerra á la Prusia. En primer lugar, la guerra fué declarada por el emperador de los franceses, y despues la victoria de la Prusia ha sido tan completa, que ninguna causa puede legitimar la continuación de las hostilidades.

Los escasos ejércitos franceses despues de batirse con un heroísmo que sus mismos contrarios reconocen, heroísmo igual á su mala suerte, en la proporción de uno contra tres, ó de uno contra cinco, los ejércitos franceses, decimos, ya no existen; el emperador está prisionero, y el triunfador, dueño absoluto del territorio invadido, dirige sus armas contra el pueblo.

Esto despues de haber declarado solemnemente que no hacia la guerra mas que á Napoleon, no á la nación francesa.

El rey Guillermo ha olvidado su proclama, y la ha olvidado hasta el punto de volver las armas contra el pueblo francés, que constituido en República desde el 4 de setiembre, le ofrece una paz honrosa para ambos pueblos; en tanto que por otra parte manda que á su emperador prisionero, se le

den los honores de soberano reinante, señala 130 criados para su servidumbre, le envia los cocineros de su palacio, y le rodea, en fin, de todo el lujo y el boato de una corte.

Y con sus tropas viene á Paris, sin hacer caso de los leales ofrecimientos de la República, menospreciando las proposiciones de mediación oficiosa que han querido entablar diversos representantes de las potencias.

Viene á Paris, objeto de sus ambiciones. Quiere firmar la paz en Tullerías, quiere darse esa satisfacción de amor propio que se dieron sus antepasados cuando la Europa entera arrojó mezcladas sus huestes contra el otro Napoleon que tenia por sistema la guerra en permanencia.

Pero ¿qué tiene que ver Paris con esta guerra de Napoleon III?

Victor Hugo lo ha dicho en su elocuente mensaje á los alemanes: «El imperio es quien ha querido esa guerra y quien la ha hecho; el imperio ha muerto y nosotros no tenemos nada de común con ese cadáver. Es el pasado y nosotros somos el porvenir; es la traición y nosotros somos la lealtad.»

Con efecto, muerto el imperio ha cesado la razón de la guerra, que ahora carece de sentido, guerra que se concluyó concluido el imperio.

«Habeis muerto á vuestro enemigo, que era el nuestro tambien, añade el poeta; ¿qué mas queréis? ¡Venís á tomar Paris por la fuerza! Pero siempre os lo hemos ofrecido con amor. No hagais que os cierre las puertas un pueblo que en todos tiempos os ha tendido los brazos. No os hagais ilusiones sobre Paris; Paris os ama; pero Paris os combatirá, Paris os combatirá con toda la formidable majestad de su gloria y de su duelo. Paris amenazado por esa brutal violación, puede aterrarnos.»

Y Victor Hugo enumera los obstáculos que Jules Favre ha señalado ya en su circular diplomática, los fuertes, la muralla, la barricada, las calles y las plazas.

Habrá que tomar Paris piedra por piedra; Victor Hugo dice que esta ciudad que ayer era Sibaris, puede ser mañana Zaragoza.

¡La Alemania estrangulando Paris! ¡La Germania blandiendo el hacha sobre la Galia! ¡Los alemanes convirtiéndose en vándalos!

El poeta duda que nos esté reservado semejante espectáculo, que no sería una victoria, sino una gran deshonra para los alemanes.

La muerte, el asesinato de Paris sería un luto y un crimen, el luto para el mundo, el crimen para los alemanes.

No obstante, si fuera así, si el siglo XIX estuviese llamado á pronunciar tan horroroso prodigio, si sobreviniese la catástrofe, la demolición material de Paris, Paris se engrandecería moralmente. Arruinado se santificaría. La dispersión de las piedras produciría la dispersión de las ideas.

Victor Hugo concluye diciendo:

«Arrojad Paris á los cuatro vientos y sus cenizas serán las semillas del porvenir, y este sepulcro gritará: LIBERTAD, IGUALDAD, FRATERNIDAD. Paris es ciudad, pero Paris es alma. Incendiad nuestros edificios, no son mas que nuestros huesos, su humo tomará forma, se hará enorme y viviente, y subirá hasta el cielo, y se verá para siempre sobre el horizonte de los pueblos, encima de nosotros, encima de vosotros, encima de todo y de todos, probando nuestra gloria, probando vuestra vergüenza, ese gran espectro compuesto de sombra y luz: PARIS.»

Otra palabra no menos elocuente se ha dejado oír tambien en Paris en los primeros días de la República.

Es la de M. Edgardo Quinet, otro desterrado durante los diez y nueve años del imperio.

Despues de saludar con entusiasmo el advenimiento de la libertad, su primer grito de alegría es por Paris.

¡Viva Paris! exclama: querer asediar á este foco de civilización, es asediar á la civilización misma.

«Alemanes de todas las razas, dice M. Quinet, se va á poner á prueba vuestra sinceridad: habeis dicho y repetido por boca del rey de Prusia, por la del príncipe real, por medio de vuestros publicistas, que haciais la guerra, no á la Francia, sino al jefe del gobierno, y esta es la ocasión de demostrar vuestra franqueza. El jefe criminal de aquel gobierno que nos ha engañado á unos y á otros, se ha precipitado en el abismo, ha desaparecido, ya no existe, ha sido vomitado por la nación francesa. Las asambleas que le servian de instrumento han sido disueltas por la ira popular: ¿qué mas queréis? Si habeis sido sinceros en vuestras declaraciones unánimes, la causa de la guerra ha desaparecido con nuestro enemigo común. Si por el contrario, os obstináis en la guerra cuando la justicia ha pronunciado y la causa de la guerra ha desaparecido, os echarán en cara que habeis querido engañar á la Francia, y en este caso no solo á nosotros haceis la guerra, sino que la haceis tambien á la verdad y perderiais la fama de la antigua franqueza alemana.»

M. Edgardo Quinet, lo mismo que Victor Hugo, se dirige á los alemanes, al pueblo alemán: ¿pero qué podía la Francia cuando tenia á su cabeza á Napoleon? No podía hacer mas que obedecer, y en igual caso se encuentran los alemanes respecto del rey Guillermo.

Así sucede que mientras en Alemania tienen eco estas palabras, el rey Guillermo prosigue su marcha hácia Paris por un territorio devastado.

Las tropas reales no encontrarán en las cercanías de París mas que dificultades.

Las casas están vacías de habitantes, los campos sin cosechas; todo cuanto no ha podido traerse á París se ha inutilizado.

Esa preciosa campiña es un desierto abandonado á los invasores.

Donde hace un mes reinaban la animación, la vida y la alegría, no hay mas que el silencio de la muerte.

En París es otra cosa. El pueblo de París, á pesar de las vociferaciones pagadas en los primeros días de la declaración de la guerra, tenía horror á semejante campaña; pero ahora ha cambiado la situación, y sabe muy bien que la honra de la Francia entera le está confiada.

Es preciso que París se defienda hasta el último extremo, como Estrasburgo, como Toul y como todas las ciudades fortificadas que hasta ahora ninguna de ellas ha caído en poder de los prusianos.

Los fuertes están bien armados, bien provistos de municiones y servidos por una artillería superior, que es la de la marina.

Dentro de París ó al amparo de sus murallas, hay tropas regulares, que afortunadamente no llegaron á tiempo para reunirse con Mac-Mahon, y no se vieron envueltas en el espantoso desastre.

Luego hay guardia movilizada de los departamentos, francos-tiradores, voluntarios y guardias nacionales.

¿No es posible organizar con tales elementos una resistencia formal?

No hay mas que ver París para responder afirmativamente á tal pregunta.

París es un campamento de inmensas proporciones. Por cualquiera parte adonde se tienda la vista, no se ve otra cosa que hombres armados.

La animación industrial y comercial que antes distinguía á la capital de la Francia, está reemplazada por los ejercicios militares.

Venga pues, el enemigo y resuene el cañón, que París cumplirá con su deber y dirá al mundo que no es una ciudad enervada por los placeres, como lo creen sin duda los prusianos, sino que aun arde en ella, y quizás mas vivo que nunca, el patriotismo que en otras épocas ha dado al mundo ejemplos tan admirables.

Además, detrás de París está la Francia, que se arma y se dispone para los mas encarnizados combates.

En toda Francia se hace en el día la quinta de 140,000 hombres, sin dar lugar al menor desorden.

Los antiguos soldados de veinte y cinco á treinta y cinco años llamados por la ley ingresan en las filas.

Los 400,000 soldados de la guardia movilizada están ya organizados, armados y con una instrucción suficiente para entrar en la lucha. ¿Qué decimos? Han luchado en Toul, en Verdun y en Thionville con el arrojo de verdaderos soldados.

La industria privada fabrica armas á porfía; de cuyo modo pronto estarán armados todos los guardias nacionales, mas de un millon, y de ellos los que han sido soldados formarán columnas volantes.

Al mismo tiempo se multiplican los cuerpos francos y las compañías de tiradores, destinados á operar á retaguardia del enemigo durante el asedio.

En las principales capitales de provincia, Marsella, Lyon, Tolosa, Nimes, Lila, etc., los voluntarios acuden con ardor á ofrecerse al servicio: la libertad ha inflamado el espíritu de las poblaciones, que con el imperio asistían impávidas al desastroso espectáculo de tan inauditas derrotas.

Además las mismas ciudades que dan tantos brazos á la guerra, dan también recursos pecuniarios. Limoges vota 400,000 francos; Marsella 500,000 y Tolosa 1.500,000 para comprar armas y municiones, y las demás ciudades, pueblos y aldeas siguen su ejemplo.

Se prepara, pues, una guerra nacional contra ese orgulloso triunfador que se propone firmar la paz en el palacio de las Tullerías, aunque para esto tenga que sacrificar muchos miles de hombres y arruinar la gran metrópoli de Europa.

Y la paz que ofrecerá será naturalmente una paz deshonorosa, una paz que el gobierno de la República no aceptará nunca.

« No cederemos una pulgada de nuestro territorio, ni una piedra de nuestras fortalezas ».

Eso ha dicho el gobierno de la República y así será, porque tal es el sentimiento general de todos los franceses, y porque otra cosa sería una mengua, y además sería un germen de guerras continuas, cuyo fin no llegarían á ver las actuales generaciones.

En este punto no cabe transacción, y como justamente se atribuye á los prusianos la exigencia de quedarse con la Alsacia y la Lorena después de hecha la paz, de aquí la convicción general de que París no se librará de los horrores de un sitio.

A las murallas, pues, y confianza.

El general Trochu, presidente del gobierno de la defensa nacional y gobernador de París, así lo dice en su proclama á los guardias nacionales y á los movilizados del Sena y de los departamentos.

Esta proclama del 14 de setiembre se refiere al magnífico espectáculo que presentó París en el día anterior, con motivo de la revista de todos sus defensores.

La inmensa línea de los bulevares prolongada hasta la plaza de la Concordia, estaba cuajada de ciudadanos armados; y una multitud conmovida y entusiasta, rodeaba las filas de la guardia nacional y llenaba las calles adyacentes.

Los balcones de los dos lados del bulevar estaban también llenos de curiosos.

El general Trochu acompañado de su plana mayor, fué recibido por todos los batallones con una inmensa aclamación mezclada de vivas á la República.

Así pudo decir al siguiente día:

« Nunca ningún general de ejército ha tenido á la vista el grande espectáculo que acabais de verme: 300 batallones de ciudadanos organizados, armados y rodeados de toda la población, aclamando en un concierto inmenso la defensa de París y la libertad.

» ¿Por qué no lo han oído las naciones extranjeras que han dudado de vosotros y los ejércitos que llegan á combates? Así habrían adquirido el convencimiento de que la desgracia ha hecho mas en algunas semanas para elevar el alma de la nación, que pudieron rebajarla los gozos durante largos años. Os ha penetrado el ardor del sacrificio y ya le debeis el beneficio de los corazones que va á salvarnos.

» Con nuestro formidable efectivo, el servicio diario de guardia en París no ascenderá á menos de 70,000 hombres en permanencia. Si el enemigo, mediante un ataque á viva fuerza, por una sorpresa ó por la brecha abierta á través del recinto, encontrara las barricadas cuya construcción se prepara y destrozarían sus cabezas de columnas los sucesivos ataques de diez reservas escalonadas.

Tened, pues, confianza entera y sabed que el recinto de París, defendido por el perseverante esfuerzo del espíritu público y por 300,000 fusiles, es inexpugnable.

» En nombre del gobierno de la defensa nacional, del que soy aquí representante, os agradezco vuestra patriótica solicitud, por los caros intereses cuya custodia os está confiada.

» Ahora, á la obra en las nueve secciones de la defensa. Orden y serenidad en todas partes. No olvidéis que estais encargados de la policía de París en estos días de crisis. Preparaos á sufrir con constancia y venceréis. »

Este noble y patriótico lenguaje corresponde perfectamente al sentimiento público.

MARIANO URRABIETA.

La revolucion del 4 de setiembre

EN PARIS.

Nuestros lectores saben ya que el domingo 4 de setiembre de 1870 se ha proclamado la República en París, sin sacudimientos, sin combates, sin barricadas, traída por los funestos acontecimientos de la guerra, de los cuales no nos ocuparemos aquí, en razon á que se encontrarán referidos en su seccion correspondiente.

Sin embargo, aunque en el último número dábamos en sustancia los pormenores de la revolucion parisienense, ratificada hoy por todos los departamentos, hoy ampliaremos aquellas noticias con motivo de los dibujos que publicamos referentes á tan trascendentales sucesos.

Nuestro primer dibujo representa la invasión de la Cámara por el pueblo.

La sesión desde el principio fué muy tumultuosa. Los salones contiguos, los corredores, los patios, todo menos el salon de sesiones estaba invadido ya por las oleadas populares.

M. Schneider preside.

M. de Keratry pregunta por qué no se ha confiado la custodia de la Asamblea á la guardia nacional, y dice que le consta que las medidas tomadas sobre esto por el ministerio de la Guerra son contrarias á las que habia propuesto el general Trochu.

El ministro explica la distincion de los derechos y de los deberes del ministro de la Guerra y del gobernador de París.

La izquierda protesta.

M. Barthelemy Saint-Hilaire quiere hablar, y el presidente dice que el ministro no ha hecho aun la comunicacion para la cual ha pedido la palabra.

El conde de Palikao presenta un proyecto para que el Cuerpo legislativo nombre por mayoría absoluta una comision de cinco individuos, encargada de la defensa nacional y de rubricar el nombramiento de los ministros.

Una voz en la izquierda: ¿Quién nombrará esos ministros?

El ministro de la Guerra, sin contestar al que interrumpe, continúa: El general Palikao ha sido nombrado lugarteniente general de la defensa nacional.

M. Julio Favre pide que sea discutida con urgencia y en lugar preferente la proposicion de destronamiento

que ha presentado esta noche y explica las razones que deben hacer acoger su doble peticion.

Se concede la palabra á M. Thiers (Movimiento de atención). El diputado por París presenta la siguiente proposicion:

« Vista la vacante del poder, una comision de cinco individuos nombrada por el Cuerpo legislativo, queda encargada del gobierno y de la defensa nacional.

Se convocará una Asamblea constituyente luego que lo permitan las circunstancias. »

Esta proposicion está firmada por cuarenta y cinco individuos de las diversas fracciones de la Asamblea.

M. Thiers dice que aprueba la proposicion de destronamiento, que es la única en la situación, y que estaba decidido á votarla, pero convencido de que es necesaria la union de todos en las circunstancias actuales, ha decidido presentar su proposicion.

Se suspende la sesion despues de declararse urgentes las tres proposiciones.

En la puerta del Cuerpo legislativo el público da gritos de ¡viva la Francia! y los guardias nacionales acampados delante del palacio y en el puente de la Concordia, repiten este grito agitando sus kepis en las puntas de las bayonetas.

En el puente de la Concordia predominan los gritos de ¡viva la República!

Un batallon de la guardia nacional se presenta en el puente de la Concordia. Los guardias de París le niegan el paso. Los guardias nacionales avanzan y la tropa no opone resistencia.

Poco á poco el Cuerpo legislativo es cercado y despues invadido por la guardia nacional y un gran número de ciudadanos.

A instancia de varios diputados y especialmente de M. Ernesto Picard es evacuado el palacio; pero muy luego la masa de los guardias nacionales y de pueblo que ocupaba el puente y la plaza de la Concordia, se lanza como un torrente, rompe las puertas é invade la sala de las sesiones y las tribunas á los gritos de ¡viva la Francia! ¡viva la República! ¡abajo el imperio!

Los diputados se retiran del salon.

Algunos momentos despues aparecen dos que piden con la mano la atención de la turba.

Se presenta también Garnier-Pagés que es victoreado.

Van á buscar á Gambetta, el cual llega, sube á la tribuna en medio de aclamaciones y dice: « Debeis comprender que la primera condicion de la emancipacion popular, es el orden. Y le respetareis (Sí, sí). Lo que vosotros deseais, lo desean vuestros representantes; pero no teneis que perturbar su manifestacion con gritos ni aun con aplausos. Somos los representantes de la voluntad nacional. El poder que ha traído sobre el pais los males que deploramos, está caído; pero es preciso que esta supresion que va á decretarse no sea dictada por la violencia. Debeis comprender que todos estamos adictos á la causa del pueblo; pero el pueblo ha de asegurar la tranquilidad á nuestras deliberaciones. »

Se aplaude frenéticamente; pero se reproduce el tumulto.

M. Cremieux trata de dirigir la palabra á la multitud, pero no se le presta atención.

Se llama nuevamente á M. Gambetta, que vuelve á obtener el silencio.

Pero apenas M. Gambetta se retira, se reproduce el desorden, y por tercera vez es preciso llamar á dicho diputado.

El salon de sesiones es invadido por guardias nacionales, por hombres vestidos de blusa, y por otros armados con fusiles que los llevan culata arriba.

M. Gambetta pronuncia solemnemente el destronamiento de la dinastía, y estalla una tempestad de aplausos.

La multitud lo atropella todo. M. Schneider desaparece. Una docena de hombres del pueblo toman por asalto la tribuna.

No se oyen sino gritos de viva la República; y en seguida el pueblo se pone en movimiento con direccion á Tullerías y al Hotel de Villa.

Con efecto, de paso para el Hotel de Villa se invaden las Tullerías.

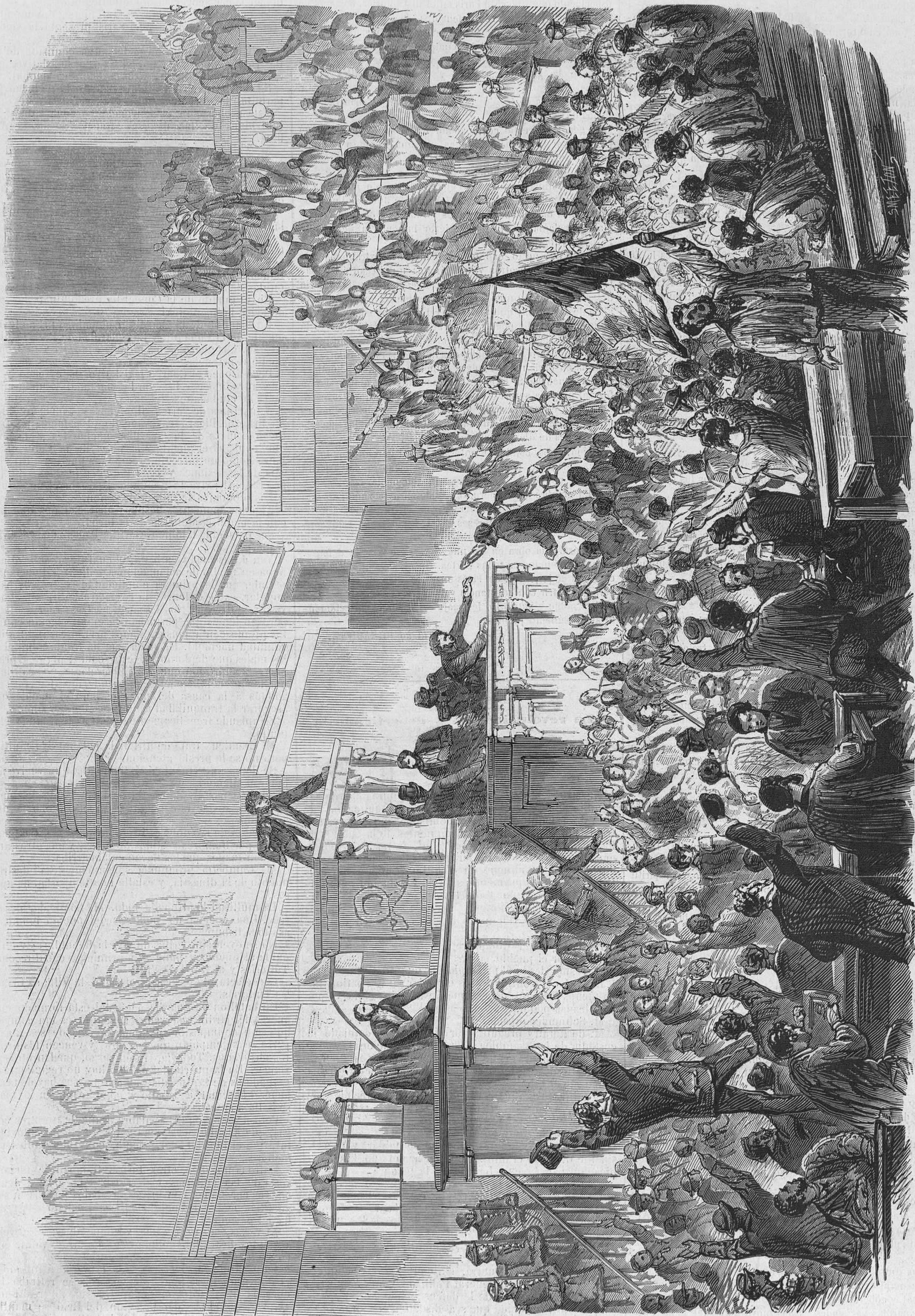
Un batallon de guardia nacional está formado en la puerta del jardin reservado. El gentío es tan compacto que se hace imposible contenerlo. Mas de sesenta mil personas se empujan unas á otras y vencen los primeros obstáculos. Todavía, sin embargo, quedan otros que vencer. En la puerta del palacio hay un regimiento de granaderos de la Guardia que cruzan sus bayonetas. El general Mellinet, á caballo y con el sable en la mano, se halla á su cabeza.

Pero dejemos aquí la palabra á uno de nuestros colegas, que cuenta esta escena y las que despues tuvieron lugar en el interior del palacio, con interesantes pormenores:

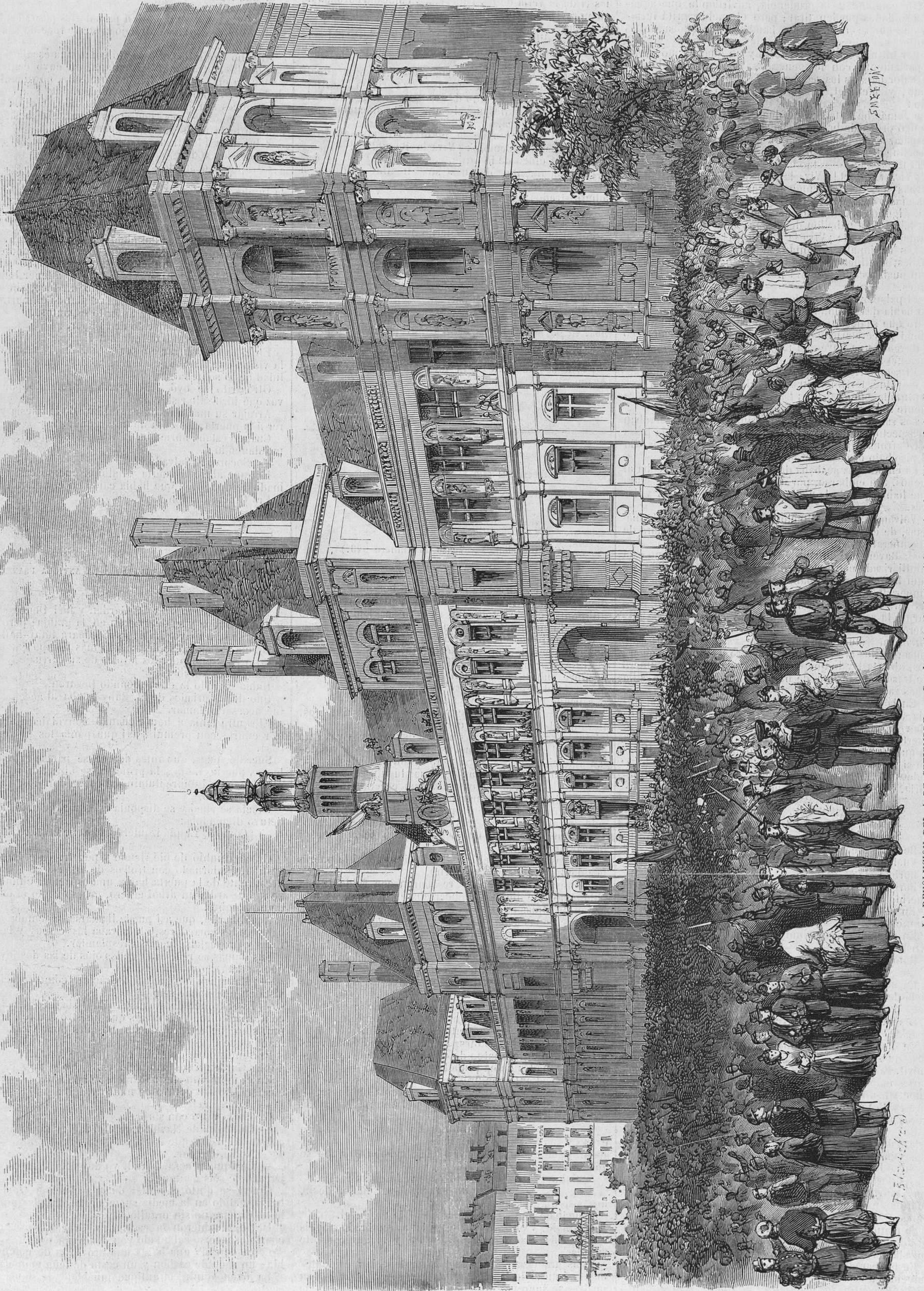
Entre tanto, dice, otras turbas trataban de forzar la verja de las Tullerías y derribaban las cuatro águilas que las coronaban con fusiles prestados por los mismos guardias nacionales puestos allí para defender la entrada del palacio.

Al verlas caer se oye una voz que dice: « En veinte segundos destruimos lo que ellos tardaron veinte años en soldar ».

La multitud forzó en seguida la verja é inundó los jardines, mientras la guardia exterior se retiraba á los cuerpos de guardia sin oponer la menor resistencia. Únicamente al pié del pabellon del Reló se mantiene firme un peloton de cazadores de la Guardia con varios



LA REVOLUCION DEL 4 DE SETIEMBRE. — Invasion de la sala de sesiones del Cuerpo legislativo.



LA REVOLUCION DEL 4 DE SETIEMBRE. — Proclamacion de la Republica en la plaza del Hotel de Villa.

generales. El literato Sardou y un redactor del *Gaulois* recomiendan la prudencia, advirtiéndole que aquellos soldados pueden tirar; pero el pueblo grita furioso que quiere arrancar la bandera que ondea en las Tullerías.

Por último, los dos escritores y un guardia móvil van á parlamentar con los generales. El general Mellinet y el señor Lesseps los reciben en la verja del jardín reservado, y Mellinet, subido en una silla, dice al pueblo:

« Jamás he faltado á mi deber, y no faltaré á él hoy. Tengo orden de hacer respetar este palacio, y lo haré respetar á menos de recibir contraorden del general Trochu; pero dispondré que la guardia nacional releve á la tropa que me está confiada. »

¡ Viva Mellinet! ¡ Viva la guardia nacional! gritan las turbas; pero en este momento un violento empuje de las masas fuerza la entrada é invade el jardín reservado. Algunos paisanos llegan con la bandera que flotaba en lo alto del pabellon del Reló, y á su vista estalla un inmenso grito de ¡ Viva la República!

Los nacionales levantan en alto las culatas de sus fusiles, Mellinet se dirige hácia la plaza del Carrousel, y el pueblo canta la Marsellesa discurriendo por los jardines.

El palacio estaba vacío, completamente vacío; solo no habia desertado el personal de cocineros y un caballero que se decia sub-conservador del palacio de Saint-Cloud y secretario del general Lepie, el cual entregó á Ravener una llave que le permitió entrar en las habitaciones reservadas.

El secretario del general parecia muy conmovido.

— ¡ Qué terrible situación! dijo á Ravener. ¡ Desventurada emperatriz! ¡ La han abandonado cobardemente!

Las salas de recepcion del primer piso conservaban su aspecto ordinario; sin embargo, veíase desde la plaza del Carrousel que no tenian cortinas las ventanas. En el piso bajo el desorden era indecible.

La emperatriz acababa de partir; todo lo indicaba al menos. Sin embargo, por otro conducto se nos asegura que habia partido la noche anterior entre las dos y las tres.

Volvamos á las habitaciones imperiales, llenas de maletas, de estuches, de cajas de carton. En la cámara de la emperatriz habia una cama deshecha.

M. Ravener, á quien debemos estos detalles, no está familiarizado con la topografía de las Tullerías. Pero hé aquí lo que nos dice haber visto en las habitaciones del emperador y de su hijo.

Sobre un sofá habia una espada de niño á medio sacar de la vaina: en el suelo, sobre un monton de números de *el Gaulois*, *la Opinion Nacional* y *el Figaro*, un estuche de revolver y varios sombreros de copa; en los armarios gran número de cajas de cigarrillos, abiertas, y lo que es mas singular, un gran número de frascos de fosfato de hierro; encima de una silla unas zapatillas.

En la habitacion de trabajo del príncipe imperial habia sobre la alfombra soldados de plomo, que se movian por medio de una manecilla. ¡ Sarcasmo de la suerte! ¡ Por haber querido jugar á los soldados es por lo que el padre y el hijo han caído, arrastrando detrás de sí la vida y la fortuna de tantos millares de hombres. Sobre una mesa vi un cuaderno... un cuaderno de historia. Una de sus hojas comenzaba así:

« Louis XV.

Borbon, Fleury (1723-1744).

Vuelve la regencia.

Borbon (1723-1726).

Borbon. — Señora de Prié Paris. — *Duvernois* (se ha querido decir *Duverney*).

En el interior, corrupcion, agiotaje, frivolidad, intolancia.

En el exterior, matrimonio del rey con María Leczynska.

Rompimiento con España, que se acerca á Austria.

Etc., etc., etc. »

En un salon de la emperatriz estaba el libro de servicio de palacio. Advertí que habia sido rota la fecha del 4 de setiembre en la Agenda.

Las lámparas de los corredores se hallaban á medio apagar.

En otra habitacion vi una mesa, en la que habia huevos, queso y pan, que después se comió un guardia móvil. En el gabinete del emperador veíanse por todas partes mapas de Prusia, bustos y estatuas del príncipe imperial, un busto del emperador, figurines de los uniformes de los diferentes cuerpos del ejército prusiano, libros anotados, entre ellos uno de M. de Mirecourt.

Entre los objetos abandonados solo citaré un casquete griego de plumas de pavo real. En el interior tenia bordadas en oro las letras C. L. N.

No se ha cometido el menor desman en el interior de las Tullerías, guardado como hemos dicho por guardias móviles y nacionales. El servicio regular de la guardia nacional debe haberse restablecido á estas horas.

Se mandó preparar un almuerzo para los guardias. No sé lo que habrá valido; el vino me han dicho que era detestable.

En las paredes se ha escrito con carbon inscripciones parecidas á esta: *Muerte al ladron. Esta casa se alquila. Respetad la propiedad nacional*, y otras parecidas.

Último detalle. Se han cubierto con pañuelos blancos las N de la verja de las Tullerías, y colocado coronas de siemprevivas en el sitio que ocupaban las águilas arrancadas.

Nuestro dibujo de la página 217 da una idea del acto de la proclamacion de la República en la plaza del Hotel de Villa.

El gobierno una vez instalado, los miembros que le componen, esto es, los diputados por Paris en la última legislatura, salieron á uno de los balcones del Hotel de Villa, y Gambetta despues de una corta alocucion proclamó la República.

Las cien mil voces de la plaza le respondieron con un entusiasmo indecible: ¡ Viva la República!

Eran las cinco de la tarde.

Inmediatamente despues se nombró alcalde á M. E. Arago, el cual dió la siguiente proclama á sus administrados:

Ciudadanos:

Por el pueblo y por el gobierno de la defensa nacional acabo de ser nombrado alcalde de Paris.

Mientras llega el momento de que se os convoque para elegir á vuestro Ayuntamiento, tomo en nombre de la Republica posesion de estas Casas Consistoriales, de donde salieron las grandes demostraciones patrióticas en 1792, en 1830 y en 1848.

Como mis padres en 1792 yo os grito: ¡ Ciudadanos! *la patria está en peligro*. Agrupaos en torno del Ayuntamiento de Paris del cual forma parte hoy dia un antiguo soldado de la República.

¡ Viva la República! El alcalde de Paris, ESTEBAN ARAGO.

R. S.

Escenas de la vida inglesa.

EL OBRERO.

(Continuacion. — Véase el número 923.)

Metió en las bolsas de la silla una botella de aguar-diente, un jamon de York y un buen plaid, precaucion útil contra el frio; y cuando su hijo se alejó le siguió largo rato con mirada curiosa.

Apenas el jinete habia salido de los arrabales de Hillsborough cuando comenzó á caer nieve.

Al llegar á las colinas el cielo estaba todo cubierto y la nieve cubria ya el sendero que debia tomar para atravesar el pantano.

Enrique marchaba á paso de tortuga.

Muy luego debió apearse y tuvo que andar á tientas, llevando de la brida á su caballo.

Muchas veces estuvo á punto de sumergirse y ya no contaba llegar á su destino, cuando de repente vió delante de sí una masa negra: era la antigua iglesia.

Aquel sitio ofrecia un aspecto mas lúgubre que nunca. El sombrío edificio desaparecia casi enteramente bajo los torbellinos que amenazaban sumergirle; el arroyo de la montaña cambiado en torrente se despeñaba con un ruido formidable por detrás de la pared del cementerio.

Enrique, helado de frio y de espanto se apresuró á buscar un abrigo.

Despues que entró el caballo, Enrique cerró la puerta por dentro y encendió su horno.

Los resoplidos del fuele resonaron con ruido inusitado. Habriase dicho que encerraba en sus flancos una legion de almas en pena.

Las ventanas con su cortinaje de nieve, hacian aun mas intensa la oscuridad interior.

La nieve que penetraba por una abertura de la techumbre se amontonaba en pirámide sobre el pavimento de la nave y los gruesos copos brillaban como diamantes á medida que atravesaban el rastro de luz que emanaba de la fragua.

Todo contribuia á aumentar el horror de la escena.

La vida y la juventud parecian hacer una irrupcion profana en aquel monumento desmantelado.

Para librarse de visiones, Enrique encendió dos velas y las colocó en el marco de una ventana, en cuyos cristales iluminados habia pintada una santa.

Este expediente conjuró las tinieblas diabólicas y la figura de la santa apareció en una aureola luminosa.

Un instante despues el martillo del obrero despertaba los ecos del santuario.

Enrique trabajó con ardor, pero luego su brazo se cansó y sus párpados le pesaban.

Una somnolencia contra la cual luchaba en vano se apoderaba de él.

Acabó por dormirse de pié y apoyado en su fuele.

En esta situacion tuvo un sueño, ó por mejor decir, una vision que le pareció muy clara.

Llamábase una voz suave como la de un ángel.

Se volvió, y en torno de la ventana alumbrada vió seis mujeres de maravillosa hermosura y magníficamente vestidas.

Estas graciosas criaturas que pertenecian evidentemente á un siglo lejano, tenian cierta semejanza con su madre; se sonreian mirándole con una cortesía llena de majestad, como para atraerle en medio de ellas.

Muy luego su número se fué aumentando hasta formar una legion luminosa cuyo brillo se esparció por todas partes.

Las bóvedas se entreabrian para darles paso; las losas de la nave se estremecian bajo el suave roce de sus largas vestiduras de seda.

Al cabo de un instante se vió como una escala de Jacob desde la fragua á la ventana, en cuyo centro se destacaba en toda su radiante hermosura, no ya la figura de la santa, sino la de Gracia Garden.

Entonces la misma voz que habia oido, le dijo:

« Voy adonde nos podremos amar sin obstáculo, adonde nada nos separará. Sígueme. »

Y luego la idolatrada aparicion se desvaneció y con ella la vision toda.

Enrique se despertó.

En su derredor reinaban el silencio y la oscuridad de la tumba.

Las luces se habian apagado y el fuego de la fragua tambien.

Un viento glacial penetraba en el negro recinto abierto á los cuatro vientos del cielo.

Sin embargo, el obrero estaba cubierto de sudor.

Estremeciéndose aun con el recuerdo de su sueño, manejó el fuele con frenesí para volver á tener lumbre.

Despues se puso á trabajar como un loco, sin saber lo que hacia; su mano temblaba agitando el martillo.

De repente se oyó fuera un grito espantoso.

Enrique se detuvo herido de estupor.

¿ Estaba despierto ó dormia aun?

En el extraño lugar en que se hallaba, y despues de la vision que acababa de tener, no distinguia ya la realidad de lo sobrenatural.

Otro grito se oyó, grito terrible, proferido por una voz que hizo saltar su corazon.

Arrojar su martillo, buscar la llave de la iglesia y correr á la puerta, fué cosa de un segundo.

Cuando estaba abriendo, la voz, ya mas débil, exclamó diciendo:

— ¡ Socorro! ¡ Salvadme!

Enrique abrió la puerta y halló el cuerpo casi inanimado de una joven que habia caído en el umbral.

Era Gracia Garden.

XIII.

CELEBRACION DE LA NAVIDAD Á LA ANTIGUA USANZA.

El 24 de diciembre miss Garden y Jael Dence salian para Cairnhope y se detuvieron en la granja; pero Nathan y su hija mayor habian salido para Raby-hall.

Gracia y Jael no se detuvieron mas tiempo que el necesario para encender los faroles de su carruaje y prosiguieron su marcha.

Habia cerrado la noche cuando llegaron.

Uno de los criados de M. Raby estaba al acecho y no fué necesario llamar.

El squire tenia á honor cuando convidaba á alguien el recibirle con premura así que ponía los piés en su casa.

Sucedió, pues, que antes de que se parase el vehículo, las puertas de la sala principal se abrieron y el resplandor de la lumbre iluminó al coche con los viajeros y todo el patio.

Gracia se apeó y se disponia á entrar, cuando Jael la detuvo diciéndola:

— ¡ Cómo! ¿ El pié izquierdo el primero?... Eso trae desgracia.

Gracia cambió de pié riendo y penetró en el inmenso vestíbulo, adornado con trofeos de armas.

Enfrente de la puerta habia una espaciosa chimenea, en la que ardía un árbol entero, grueso como el cuerpo de un hombre.

Aquel horno, que así puede llamarse, calentaba la escalera y los corredores, alumbraba los cascos y las corazas y proyectaba fuera su resplandor.

Sus llamas se reflejaron en los ojos de las dos jóvenes que se detuvieron admiradas.

— ¡ Magnífica lumbre! dijo Gracia; ¡ cómo regocija la vista en una noche semejante!

— Es el tronco de Navidad. En toda Inglaterra encontrariáis otro. Y no creais que nuestro squire le compra, sino que le saca de sus bosques donde cada año manda que le escojan.

Presentóse una doncella con dos luces para conducir á miss Garden á sus habitaciones.

En el momento en que Gracia se adelantaba hácia la escalera, Jael la detuvo de nuevo y dijo:

— ¡ La media!

Gracia la miró con sorpresa.

— La media de Navidad, repitió Jael: ¿ no la veis allí colgando? Tenis que dar algo.

— No sé qué dar.

— Cualquiera cosa. Mirad, yo doy esta moneda agujereada de seis peniques.

Gracia se quitó el alfiler de su pañuelo y Jael que habia metido en la media su modesta ofrenda, prendió la de Gracia, no sin orgullo.

Despues subieron la escalera y Gracia entró en un cuarto espacioso calentado con dos chimeneas.

Cerca de cada una habia una provision de combustible y un saco de carbon y un cesto de leña menuda.

La joven admiró el antiguo mueblaje de aquel aposento.

— ¡ Es un palacio! dijo; aquí se pueden dar paseos.

Este cuarto me hará tomar horror á mi cuartito de costumbre. Adios, Hillsborough, quiero acabar mis dias en este pais.

De repente oyó Gracia el ruido sordo de dos ruedas que anunciaban un gran carruaje.

Corrió á la ventana y apartó la cortina.

Dos faroles que brillaban en la noche como dos aguas se acercaban mas y mas, y muy luego un elegante *dogcart* penetró en el patio y se detuvo ante el peristilo.

A su aproximacion, la hospitalaria puerta se habia abierto y el resplandor de la chimenea alumbró el carruaje de M. Coventry, acompañado de su groom.

M. Coventry envuelto en un mac-farlano forrado de pieles se apeó, abandonando las riendas á su groom que se dirigió á las caballerizas.

Gracia contempló un instante aquel aparato tan lujoso.

— ¡ Ah! exclamó, conozco que no podría ser esposa de un hombre pobre. Me gustan los hermosos carruajes, las hermosas pieles, las habitaciones suntuosas, todo el lujo de la vida.

Y sobre esto cayó en una meditacion que interrumpió Jael cuando entró en el cuarto con un cargamento de cajas.

Con la ayuda de Jael procedió á su tocado.

Las dos jóvenes no carecian de asuntos de conversacion, pero en aquel momento solo hablaron de cosas insignificantes.

El asunto en que pensaban las dos, y que habia sido tambien el mas interesante para el lector, se evitó entre ellas como por un acuerdo tácito.

El conocimiento que tenian de su mútua perspicacia las hacia reservadas la una con la otra.

Una vez vestida y á punto de bajar, Gracia notó que la faltaba un alfiler; se le pidió á Jael que respondió asustada:

— ¡ Daros yo un alfiler! nunca, tomadle vos, si queréis.

— ¿ Y por qué?

— Don de un alfiler, pena de corazon.

— En ese caso le tomaré á viva fuerza, dijo Gracia tomando un alfiler de los que la doncella tenia en el pecho; pero á la verdad estoy en el templo de la supersticion y tú eres la sacerdotisa. ¿ Cómo saldre de la comida no estando tú á mi lado? Es seguro que haré alguna tontería, aun cuando no sea mas que volcar el salero, lo que me sucede en casa muy á menudo.

— ¡ Oh! dijo Jael, no vereis aquí esos saleros mezuquinos que parecen hechos adrede para traer desgracias, y no los volcareis, pero no permitais que nadie os sirva sal, porque no hay nada mas funesto.

— Me alegró que no sea costumbre. De modo, que segun tú crees, está uno á la merced de cualquiera. Suponte que tengo una rival y que antes de haberme dado tiempo para oponerme, ponga en mi plato un poco de sal diciendo: « Amiga mia, aceptad este tributo de mi admiracion »; entonces yo perezco y es para ello el objeto de la rivalidad. Figurate tambien que se acerca á mí por detrás y me clava en el vestido un alfiler que me traspasa el corazon. ¿ No ves que todas esas cosas son tonterías?

La campana de la comida, campana monumental como todo lo demás en aquella casa, cortó á lo mejor los argumentos de la joven.

Gracia echó una postrer mirada al espejo y bajó á la sala donde encontró á M. Raby y á M. Coventry que la recibieron afectuosamente.

Un instante despues anunciaron la comida.

Raby-hall era un edificio cuadrado flanqueado por dos alas.

La de la izquierda encerraba la cocina y las habitaciones de los criados del servicio interior, y en la otra estaban las cocheras, las caballerizas y los cuartos de los palafreneros.

El cuerpo principal contenia el vestíbulo, los aposentos de honor y la doble escalera en forma de herradura que á ellos conducia.

Detrás del vestíbulo habia una sala en donde algunos arrendatarios del squire esperaban la cena tomando el té y comiendo tortas.

Á la derecha del mismo vestíbulo se hallaban los dos salones de recepcion; á la izquierda la magnífica sala á la cual llevó M. Raby á miss Garden, seguida de M. Coventry.

Esta pieza habia sido en su origen la sala de banquete. Tenia unos veinte piés de alto, con cincuenta de largo y veinte y ocho de ancho, y concluia en uno de sus extremos en una inmensa bóveda gótica que daba al césped.

Todas las paredes estaban revestidas de maderas de encina curiosamente esculpidas por artistas flamencos.

El techo se dividia en compartimientos adornados á la antigua.

El extremo que daba frente al césped era un gabinete de trabajo donde habia un estante de libros, un hermoso órgano y una luna ovalada de Venecia.

Toda esta parte formaba como un rincón solitario en la espaciosa sala.

En cuanto al comedor bastante sombrío ordinariamente, no obstante su riqueza, estaba aquella noche magníficamente adornado y alumbrado, con bugias y ramos de acebo, cuya combinacion producía un efecto maravilloso.

Doce enormes candelabros, de los cuales solo seis estaban encendidos, y cargados cada uno con veinte bugias, esparcian su claridad de las losas al techo.

Grosos manojos de acebo con sus frutos encarnados alternaban con los candelabros, y delante de la puerta de cristales se levantaba en una caja un acebo entero de quince piés de alto.

Entre la ventana y el árbol habia dos candelabros encendidos, cuya luz que brillaba por entre las hojas producía un mágico efecto.

Cuando Gracia entró en el comedor del brazo de M. Raby, echó una mirada en su derredor y se detuvo extasiada delante del árbol.

— ¡ Qué hermoso es!

M. Raby se mostró muy satisfecho con aquel entusiasmo.

— Ya veis, dijo, que nuestros antepasados no eran tan necios como algunos dicen.

— Seguramente, todo lo que aquí veo me da una alta idea de su saber y buen gusto.

M. Raby contempló las mejillas rosadas y los ojos de zafiro de su hermosa huésped y luego la dijo con la sonrisa mas afable:

— No hay nada mas bello en esta casa que la señorita que la honra con su presencia.

Y al hablar así llevó á Gracia hasta la mesa, la hizo sentar á su derecha y se sentó él entre sus dos convidados.

— Pero M. Raby, dijo la joven con aire contrariado, estoy de espaldas al acebo.

— Suplicad á Coventry que os ceda su puesto.

M. Coventry se levantó y se hizo el cambio.

— Coventry, dijo M. Raby, lo siento por vos. Las miradas de nuestra preciosa compañera van á pasar por encima de vuestra cabeza.

— No me quejo de ello. Miss Garden mirará al acebo y yo miraré á miss Garden.

— A falta de cosa mejor.

— ¿ Pensais de veras lo que decis?

Estas dos últimas frases se pronunciaron en lengua francesa.

(Se continuará.)

La Guerra Ilustrada.

LAS JORNADAS DEL 30 Y 31 DE AGOSTO Y 4º DE SETIEMBRE.

El emperador Napoleon prisionero.

En medio de la confusion de marchas, contramarchas y combates que han precedido y seguido á la batalla y la capitulacion de Sedan, no hemos podido recibir en tiempo útil las cartas y comunicaciones de nuestros corresponsales.

Empero en presencia de los sucesos tan graves que acaban de ocurrir, no hemos querido tampoco esperar ocho dias para dar á nuestros lectores la narracion de peripecias tan inauditas, y nos valemos para esto de las cartas y noticias que otros diarios han publicado.

En primer lugar, hé aquí cómo describe un corresponsal francés desde Poix-Saint-Hubert las jornadas del 30 y 31 de agosto y 4º de setiembre.

« El primer descalabro del 30 de agosto fué debido, y esto parece ya fuera de duda, á la imprevision del general Faily. El 29, el comandante del 5º cuerpo, sostenido en su mando á pesar de la decision del Consejo de Ministros, estaba acampado en las alturas de Beaumont, encargado de defender el paso del valle de Nouart; pero el 30, en vez de mantenerse en las posiciones que le estaban señaladas, hizo bajar sus tropas hasta el mismo valle. Creyéndose allí en completa seguridad y juzgando que era supérfluo hacer espíar la marcha del enemigo, dió orden de hacer alto.

Pocas horas despues, el 12º cuerpo sajón, que habia ocupado las alturas deslizándose entre los bosques, rompió un fuego vivísimo sobre el campamento del 5º cuerpo. Algunos regimientos de línea habian desmontado sus fusiles: otros habian puesto las armas en pabellones. La caballería y la artillería daban descanso á los caballos.

El desórden fué muy grande al principio; pero con esa prontitud que caracteriza á nuestros soldados, acudieron todos á las armas y los sajones fueron desalojados de las posiciones que ocupaban. Arrollados nuestros soldados con la llegada de nuevos cuerpos del ejército alemán, iban á sucumbir ante el número, cuando llegó Mac-Mahon en su auxilio y restableció la situacion despues de un combate largo y sangriento que vino á interrumpir la noche.

No sintiéndose Mac-Mahon con fuerzas en número suficiente para contrarestar las cada vez mayores del príncipe de Sajonia, dió orden de replegarse sobre el Mosela, y aguardar al enemigo en Varne, entre Mouzon y Cariñan. El 31 empezó de nuevo la lucha á las cinco de la mañana, y durante todo el dia se esforzaron los alemanes en apoderarse de Cariñan y flanquear el ala izquierda del ejército francés, para colocarse entre este y la Bélgica y rechazarlo hácia el ejército del príncipe real que subía de Attigny.

De las tres jornadas, esta fué la mas sangrienta. Cada sinuosidad del terreno fué disputada palmo á palmo. Peleábase con un encarnizamiento terrible. Hasta las dos resistieron los nuestros á aquellas masas profundas que se renovaban incesantemente ante los estragos de las ametralladoras. La matanza fué tal, que el Mosela,

tinto en sangre, no podia arrastrar todos los cadáveres. Por la tarde hubo que efectuar un movimiento de retirada para apoyarse sobre Sedan y precaverse contra un movimiento de flanco del enemigo, que habia logrado subir hasta Francheval.

Esta retirada fué triste: no estábamos derrotados, pero se presentia que el dia siguiente seria el decisivo, y que los alemanes, á pesar de sus enormes pérdidas, opondrian á los esfuerzos de unos 100,000 hombres, fatigados por aquella jornada, nuevos cuerpos que la metralla no habia diezmado todavia. Por la noche acantonaron las tropas en posiciones que exigian por su distancia marchas penosas, y apenas salió el sol, cuando anunciaron los cañonazos que el ataque habia principiado por el cuarto cuerpo del ejército alemán.

El 4º de setiembre 90,000 soldados franceses, faltos de pan y de sueño, tuvieron que hacer frente á 240,000 alemanes bien alimentados y descansados. El ejército francés, que se habia situado el dia antes sobre la orilla derecha del Mosela, extendia sus líneas desde Nouvion á Lachapelle por Donchery, Saint-Manges, Floing, Sedan, Bazelles, Douzy, la Moncelle y Gibonne. Tenia enfrente de sí en Remilly al 4º cuerpo de ejército alemán, mandado por el príncipe de Sajonia, á su izquierda el ejército del rey establecido en Francheval y apoyado por la caballería del príncipe Alberto acampada en Fourru-aux-Bois, y por último, á su derecha los cuerpos bávaros y wurtembergueses.

Empeñóse la accion por la mañana á las cuatro, entre el príncipe de Sajonia y el centro izquierdo de nuestro ejército en Douzy, y en tanto que se extendía el fuego sobre casi toda la línea, la caballería del príncipe Alberto y una parte del ejército del rey hacían una marcha rápida por la selva de Santa Cecilia, tomaban á Villers, Cernay y Lachapelle, y atacaban las alturas de Gibonne. Por el otro lado, el príncipe real que llegaba de Attigny á marchas forzadas, costeando el canal de los Ardennes, lograba pasar el Mosela en Donchery, y flanqueando nuestra ala derecha por Urigne-Mosa y Urigne-aux-Bois, caía sobre Saint-Manges y Floing.

Al medio dia, el ejército del rey y la caballería del príncipe Alberto habian logrado apoderarse de las alturas de Gibonne, y tender la mano al príncipe real detrás de Sedan.

Nuestro ejército estaba por lo tanto completamente cercado por masas enormes, y desde aquel momento la batalla podria llamarse el cañoneo de Gibonne.

Una artillería formidable, situada en las alturas que dominan esta poblacion, cruzaba sus fuegos con los de la artillería del príncipe de Sajonia, y barria los barrancos que separan á Gibonne de Bazelles.

El ala izquierda de nuestro ejército despues de revolverse en vano bajo aquella lluvia de granadas y de metralla que habia incendiado ya las aldeas de Douzy, Bazelles y la Moncelle, tuvo que separarse del centro y replegarse sobre la frontera belga. Por la derecha, en Floing, los efectos de la artillería prusiana no eran menos terribles; y allí como en la Moncelle, la actitud de los cadáveres revelaba al dia siguiente el heroismo con que el ejército francés habia combatido antes de dejarse aplastar por el número.

Nuestros infelices soldados no podian decidirse á ceder. En cada cuerpo prusiano que asomaba sobre las colinas inmediatas creian ver á Bazaine ó á Vinoy que acudían en su auxilio; pero á las cinco fué ya preciso abandonar toda esperanza, y si el centro y el ala derecha pudieron efectuar su retirada á Sedan, el ala izquierda, dispersada, buscó un refugio en los bosques.

La caballería prusiana batía los bosques de la frontera matando cuanto podia matar, y persiguiendo á los fugitivos hasta mas allá de la frontera.

En los momentos en que escribo, recibo la última edicion del *Diario de Namur*, en el que veo la proclama de los ministros; pero en ella se atenúa un hecho y se desnaturaliza otro.

No es una pérdida de 40,000 hombres la que nos cuesta la capitulacion de Sedan, sino de 80,000. Por otra parte no es cierto que el emperador haya sido hecho prisionero en la lucha. El emperador se ha entregado sin combatir; esta es la verdad.

Sobre la prision del emperador corren diferentes versiones, y una de las mas acreditadas es la del *Pall Mall Gazette*, que dice así:

« El emperador ha caído prisionero.

Mac-Mahon encerrado en Sedan ha capitulado con 40,000 hombres.

La batalla comenzada ayer á las cuatro de la mañana bajo los muros de Sedan, se suspendió á las dos de la tarde para continuar á las tres con nueva furia. Y á las cinco habia terminado definitivamente. Mac-Mahon y su ejército eran rechazados hasta Sedan, cercados por el ejército prusiano, en número de 250,000 hombres, é imposibilitados de resistir dos dias en fortificaciones insuficientes.

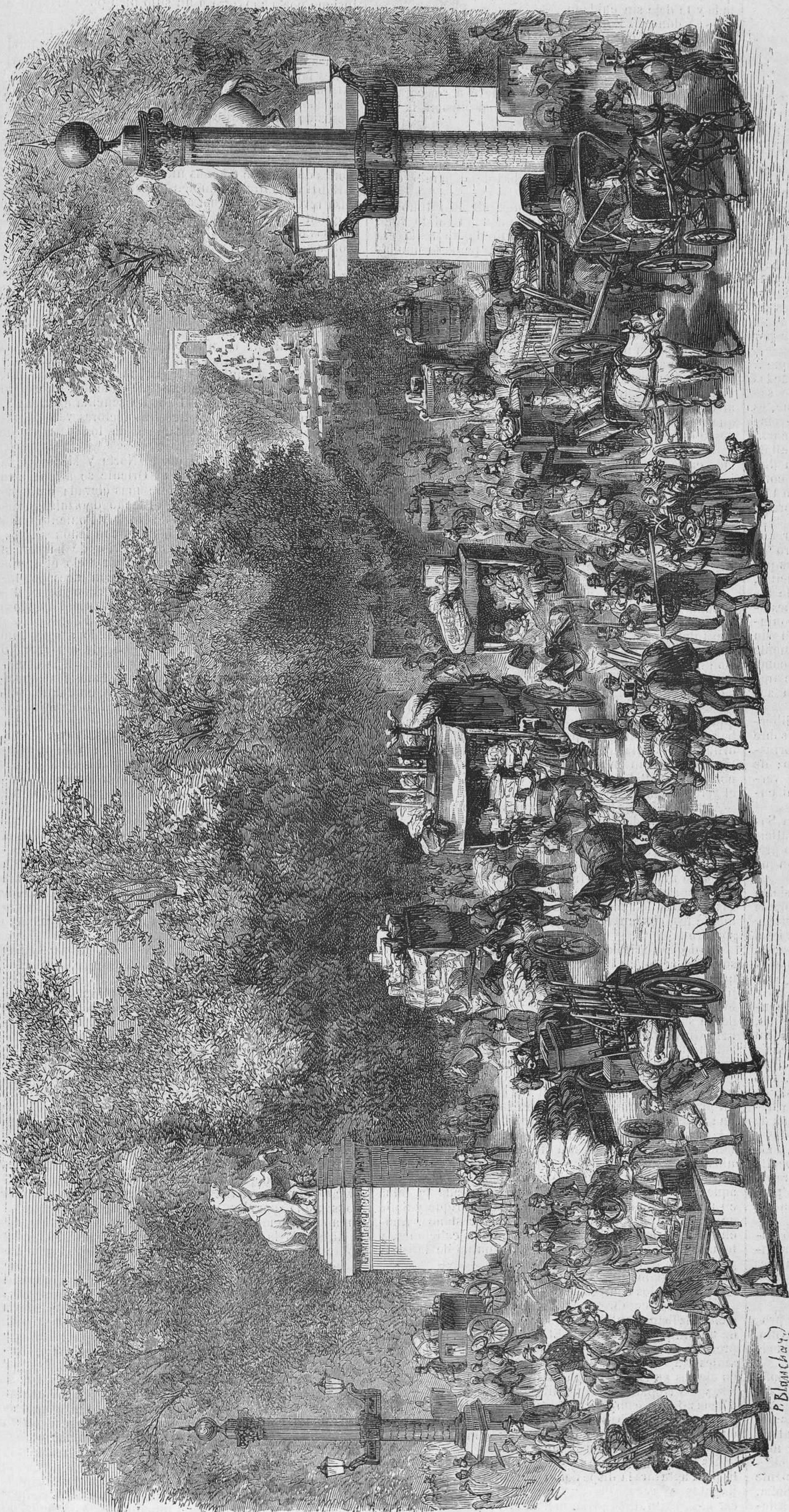
Á las seis, un oficial de estado mayor francés se presentaba como parlamentario al cuartel general del rey de Prusia, para discutir las condiciones de una capitulacion. Se encontró que el parlamentario no era de bastante categoría para tratar de la suerte de todo un ejército encerrado en la plaza. Se pidió que se presentase como parlamentario el general O'Reilly, gobernador de la plaza.

Fué allá el general, y recibió por respuesta que siéndole imposible al ejército francés una defensa seria en Sedan, se exigía que se rindiese á discrecion.

En este momento, dice el corresponsal del *Pall Mall Gazette*, no se trataba todavia del emperador, de quien se ignoraba estuviere en el campamento francés,



El abastecimiento de Paris. — Los bueyes y los carneros en el bosque de Boulogne.



EL SITIO DE PARIS. — Aspecto de la avenida de los Campos Eliseos cuando se dió la noticia de la venida de los prusianos.

P. Blanchard.

y el silencio guardado sobre este hecho capital por el parlamentario, fué mas adelante censurado severamente.

De improviso recorre el campamento prusiano una aclamacion inmensa: El emperador está ahí.

Casi al mismo tiempo el rey de Prusia recibia una carta autógrafa de Napoleon III. En esta carta, de cuyo contenido no puede naturalmente responderse, el emperador decia que « no pudiendo morir al frente de su ejército, depona su espada en manos del rey de Prusia. »

El entusiasmo era inmenso en el ejército prusiano. Los soldados arrojaban sus armas y se abrazaban, considerando la guerra como acabada. Un cuarto de hora despues todas las músicas prusianas tocaban la *Marseillesa*, ó la marcha *Partant pour la Syrie*; pero se enviaron precipitadamente órdenes para imponer silencio á las músicas, á fin de que el ejército prusiano no desluciese su triunfo, pareciendo insultar el infortunio de los vencidos.

El conde de Bismark era rodeado y felicitado por todo el ejército; y contestaba en los siguientes términos:

« No me corresponde mérito alguno en el éxito de esta guerra. Felicidad al rey y á Moltke, yo no he hecho nada... Sin embargo, he hecho algo. He hecho que los Estados del Sur de Alemania nos hayan prestado su poderoso apoyo, y esta última jornada la debemos á los valientes de Baviera y Wurtemberg. »

Sabido es en efecto, que los ejércitos de los Estados del Sur han llevado la parte principal en la jornada del jueves.

Todos los habitantes de Sedan estaban en las murallas desde el punto en que cesó el fuego, y miran la inmensa extension del ejército prusiano, como si se tratase de un espectáculo cualquiera.

El emperador ha sido hecho prisionero en Vendresse. Al dia siguiente viénes, se dirigió al cuartel general del rey de Prusia.

Napoleon III iba en una carretela, acompañado de varios generales, entre ellos Lebrun y Félix Douai.

Precedian á la carretela dos hu lanos y la rodeaban caballerizos imperiales.

El estado mayor prusiano se reservó exclusivamente el telégrafo militar, por otra parte organizado muy insuficientemente, par enviar los primeros partes á Berlin. Unicamente al general Sheridan, que iba en el cuartel general prusiano, se le permitió expedir un parte á los Estados Unidos, adonde el conde de Bismark deseaba expedir sin demora la noticia.

El último tren de Arion que llegó ayer á Bruselas con los prisioneros franceses, nos ha traído otras noticias. La victoria del ejército prusiano bajo los muros de Sedan se atribuia á la rápida marcha del príncipe real, que á las cuatro de la madrugada se dejaba caer sobre las retaguardias del ejército francés.

Es una nueva sorpresa, decian los soldados con desaliento.

Los prisioneros franceses recogidos por las tropas belgas se han apeado en Namur. Dícese que serán enviados al campamento de Beverico, y que los prisioneros prusianos serán internados á Brujas.

La noticia de la prision del emperador ha recorrido en un momento toda la línea de los caminos de hierro, aunque al anochecer aun no se sabia en Bruselas. Los habitantes de todos los pueblos se agrupan en las estaciones intermedias. En todas partes se saluda con la mayor simpatía á los soldados franceses, cuyo heroismo ha sido impotente para salvar el imperio. »

R. S.

De Villahermosa á la China.

COLOQUIOS DE LA VIDA ÍNTIMA

POR DON NICOMEDES PASTOR DIAZ.

(Continuacion.)

— No, Enrique, no... tú no lo sabes... yo no podré disponer de una libertad inútil y de una soledad horrible... Tú no me comprendes á mí, ni á tí propio te juzgas bien... Ahora mismo crees haber hecho un esfuerzo sobrehumano de abnegacion y de heroísmo... Yo le comprendo mejor... no creas que le rebajo en mi estimacion... no: si no tengo en tanto el sacrificio que has hecho, te doy gracias por la confianza que te inspiro... Me quieres con pasion... y consientes en que me aleje de tí... ¿Sabes por qué?...

— Porque me importa poco morir ó matarme por tu bien, le respondió Enrique.

— No tal, replicó Sofia; no es por eso, Enrique... Morirte ó matarte es cosa fácil... Harto sé que puedes hacer siempre el sacrificio de tu vida... pero no se sacrifica así el amor... Si te importa poco el dejarme, es porque crees que seré tuya... No me mires así... óyeme con serenidad... Estás seguro de que yo te he de amar... Tu corazon padece, pero no se impacienta... consúltale bien, y encontrarás que está muy cierto de que un día, desde el cabo del mundo, desde el tumulto de una corte ó del retiro de una aldea, te llamará con toda la ternura de mi alma, vendré á tí con todo el alto aprecio de mi razon y de mi conciencia...

Enrique tenia la desgracia de ser mas razonador que amante. Su corazon era virginal y sencillo, pero el rigor de su lógica no le permitia ser confiado. Las palabras amorosas de su prima eran demasiado explícitas, demasiado reflexivas, para alucinarle; harto se le alcanzaba que en aquella atmósfera se agitaban tempestades, de las cuales no bastaba ser barómetro para conjurarlas; de alguna manera sentia que pudiera él sin duda ser un para-rayos; pero que no era seguramente la electricidad... Por eso vacilando un momento, como aturrido por la sorpresa de aquella inesperada declaracion, se contentó con decir á Sofia, no sin cierta solemne severidad...

— No importa, Sofia; de ese destino y de esa libertad serás señora interin yo no tenga derechos sobre ella, derechos que solo puede dar el amor y la correspondencia... derechos que no tendré nunca... No; de haber sido posible, ya hubiera sucedido. De ser verdad lo que tú me dices, lo hubiera adivinado mi corazon.

— ¡Tu corazon, Enrique!... repuso con blandura Sofia... ¡tu corazon!... no presumas tanto de sus vaticinios... Tú tienes el corazon recto y bueno, pero no previsor. Tu razon es la que preve, pero tu corazon no presiente...

— ¡Ah! ¡Héla ahí!... ¡la misma preocupacion siempre! replicó Enrique con triste despecho; ¡siempre el mismo é injustificado pensamiento! ¡Siempre delante de los ojos que me miran ese opaco cristal!... Será tal vez mi aiento el que le empañe... Siempre esa funesta idea de mi dureza... siempre ese juicio prevenido y aventurado de insensibilidad, que me desfigura y me degrada...

— No, no es verdad, Enrique, interrumpió vivamente Sofia... el juicio tuyo es el aventurado y prevenido, y el que no puede consentir ni mi conciencia ni mi ternura... no. La opinion que tengo de tí no te rebaja ni te ofende... ¡Oh! no... añadió con dulzura... no quieras trocarla por otra... No deseo yo para tí... no ambiciones tú nunca, ni envidias á nadie esa sensibilidad nerviosa, femenina, hélica y convulsiva, que hace tan inútil y tan ridícula á esa pobre juventud de las grandes ciudades, de los pueblos muy civilizados y muy cultos; las mujeres sabemos todo el egoísmo, toda la futilidad, á veces toda la dureza cruel que se oculta bajo ese delicado refinamiento... Enrique, el corazon que presiente el infortunio es como el cuerpo que presagia las tormentas de la atmósfera... Está enfermo, y tú... tú le tienes sano.

— Y de una salud tal, que puede matarle, replicó Enrique con abatimiento... Preferiria eso que llamas enfermedad... á lo menos tendrias compasion... tal vez te empeñarias en curarme... mientras que ahora...

— Ahora, Enrique, la enferma soy yo, exclamó Sofia con muchísima ternura...

— Pero yo no soy tu remedio, contestó Enrique profundamente conmovido... Ni le tengo ni le adivino, desgraciado de mí... Nada puedo darte, nada puedo ofrecerte mas que la libertad de buscarle...

— Libertad inútil, querido Enrique, respondió Sofia con mayor tristeza... libertad del preso á quien, si del calabozo echaran mataria el hambre, porque no tendria sustento; mataria la inclemencia, porque no tendria guarida... libertad que seria peor que la esclavitud de mi desgracia... libertad de volver á un mundo mas horrible que la soledad absoluta...

— Pues ¡vive sola!... repuso Enrique; y de repente como iluminado de una extraña inspiracion... Sofia, añadió, ¿quieres que te busque y te prepare una so-

dad?... Háblame... ordéname... dime á dónde quieres que mi solicitud te escoja un retiro, y que allí te traslade y te deje sin cuidado.

— ¿A dónde... Enrique? replicó Sofia radiante de alegría... Adonde pueda yo verte todos los días, Enrique; á tí solo, á tí nada mas; á tí, bueno; á tí, inteligente; á tí, compasivo; á tí, ángel de mi consuelo y providencia de mi vida...

Y bañados sus ojos de lágrimas, llevó á su corazon primero, y luego á sus labios, con filial efusion, la trémula mano de su generoso amigo.

Enrique, anonadado bajo el peso de aquella demostracion de ternura, miraba fijamente á su prima, como para sorprender en los rasgos de su fisonomía alguna reserva de artificio, alguna sombra de disimulo ó de compasiva coquetería. No...

Fueron sinceras aquellas palabras; de lo íntimo del corazon se elevó espontáneamente aquel rendido voto, aquel homenaje agradecido. La mirada de Sofia era triste, pero no indiferente; incierta, pero profundamente expresiva; y Enrique tenia bastante talento para comprender todo lo que queria significar, aborriendo á aquella alma atormentada y perpleja el martirio de declaraciones humillantes, y la seguridad hipócrita de empeños temerarios ó de eventualidades misteriosas... Enrique comprendia que nada podia revelar quien tal vez ignoraba, la primera, la índole de su padecer...

Enrique sabia que nada hubiera arriesgado con prometer quien tenia tan afianzada la esperanza de morir... y sobre todo, Enrique era hombre á quien faltaba inmediatamente la palabra, desde el instante que tenia que poner su sentimiento en accion. Nada podia decir, desde que se trataba de obrar.

Conocida y resuelta la voluntad de su prima, se trasladó en la misma tarde á una aldea de aquellos contornos, para preparar, conveniente y decorosamente, la habitacion que pudiera ofrecer á la enferma y desesperada Sofia retiro de soledad y albergue restaurador de convalecencia.

IV.

Ocho días despues, al declinar de una tarde apacible y nublada, Sofia se despedia de aquellos deudos y amigos que la habian hospedado, mas con curiosidad que con inteligencia y ternura, para ir á buscar en el aislamiento de la campiña la libertad del alma, única ilusion del que ha perdido la paz de la vida.

Cubierta de un albornoz negro, como una máscara veneciana, bajó al muelle del puerto, donde la esperaba una ligera falúa. Sentóse en la popa al lado de Enrique; los marineros alzaron sus remos y la voladora barca desapareció de repente por un canal, en cuyas orillas, á los palacios de mármol de la reina del Adriático, reemplazan en aquellas riberas interminables arboledas de frutales, que cruzan de una á otra margen el verde pabellon de su entrelazado ramaje.

Atravesando dos leguas de amenas y pobladas campiñas, á compás del Océano que le recibe ó le empuja, el río fluye y refluye con majestuosa marea bajo una bóveda de magnífica verdura. La primavera le engalana con el matiz de sus flores, cubrela el estío, como á una gruta de ninfas, con la frescura de sus sombras; enriquecía ahora el otoño con la hermosura y variedad de suspendidas deliciosas frutas. Sofia clavaba alternativamente los ojos en el paisaje encantado y en el cielo sombrío.

No decia una palabra, no lanzaba un suspiro... Una sola vez, al tomar los remeros un recodo de la ría, en que mas se estrechaba el canal y mas frondosa se entretejía la arboleda que sombreaba las dos riberas, sus labios, como obedeciendo á la involuntaria inspiracion de un súbito recuerdo, gritaron á media voz... ¡Guadaira! ¡Guadaira!...

Enrique no entendió el sentido de estas palabras, que le parecieron un misterioso conjuro...

Nosotros no sabemos si podrán comprenderlas algunos de nuestros lectores... tal vez ninguno ya... Eran un grito del alma, excitada con la reminiscencia de una imágen lejana de felicidad perdida... Desvaneciése á la primera revuelta del río... y fuése á la mar, como tantas memorias de nuestra vida se han ido á la eternidad...

Una hora habia corrido de navegacion silenciosa y de aquella actitud contemplativa, cuando varada la falúa en un remanso del río, desembarcaban Enrique y Sofia en un soto frondoso de pomposísimos castaños. Anochecía ya bajo los árboles y en los hondos callejones, y tomaron á pié desde aquel punto el camino de la escogida aldea.

No se le habian presentado nunca á Sofia tan melancólicos aquellos campos.

Las pardas cumbres, confundidas con la oscuridad del cielo, alzábanse ante sus ojos, como ciclópeas murallas de una inmensa fortaleza. El velo de tupida gasa que prendia de sus crestas la noche, hacíalas ver mas distantes y apartadas. Los fantásticos bultos de sombra que en ciertos puntos agolpaba la frondosidad de los árboles, y los resplandores que difundian á trechos las candeladas de los campesinos hogares, agrandaban el horizonte y prolongaban la extension de un recinto, que en las campiñas rasas y desiertas hubiera parecido limitado encierro ó soledad vacía.

Las impresiones de este paisaje eran harto á propósito para agravar la disposicion siniestra de los pensamientos y recuerdos que en esta hora debia evocar el espíritu de la joven meridional; pero de seguro

no hubiera podido dirigir á estos animados contornos la fúnebre invocacion de *campos de soledad*, que un insigne poeta consagró á un silio bien poco distante de su ciudad nativa.

Antes de llegar á la habitacion que le estaba preparada, vió relucir á las orillas del camino la viva lumbre de mas de cien hogares de familia. A través de las visiones fantasmagóricas que se cruzaban, caprichosas y extrañas entre los espesos matorrales y las desordenadas arboledas, habia distinguido en realidad los rostros hermosos de las alegres campesinas, la fisonomía apacible de los robustos labriegos y las nevadas luengas cabellebras de los viejos aldeanos, que esperaban bajo la parra de sus umbrales la vuelta de sus hijos, rezando las oraciones de la tarde con sus nietos.

Habia encontrado tambien, y recibido de él una sumisa reverencia, á aquel aldeano distraído y silencioso á quien llamaban *el Triste*, que solia andar por los campos de noche, ocupado en mandados ó en devociones.

Y mas de veinte veces, antes de llegar al albergue, que habia deseado como su solitario paraíso, voces femeninas hicieron sonar como un santo agüero delante de sus pasos, aquel piadoso saludo de nuestras campiñas, que el pueblo aprendió de boca de los ángeles: « ¡Ave María purísima! »

Llegada al pié de una pequeña colina, que servia como de primer escalon á una gradería de sucesivos y mas altos cerros, hubo de trepar, mas bien que subir, la corta rampa de un sendero que conducia en espiral al porton de una casa cuadrada de sencilla apariencia, muy semejante á las que nuestros lectores ven diariamente pintadas en las estampas de los paisajes de Suiza.

Coronaba, dominándola por el Norte y Mediodía, la explanada de la colina, pero al Oriente se alzaba á su espalda el escarpado tajo de otra mas elevada eminencia. Tenia un solo piso alto; el techo de azules pizarras en vez de tejas, los lados de Norte y Poniente tapizados de hiedra, las paredes blancas con listones rojos, las ventanas verdes, un balcon exterior de balaustres encarnados de madera, que corria por todo el frente del Mediodía, sin patio interior, pero con luces por todos lados. Aquella era su anhelada mansion; aquel debia ser, no sabia por cuánto tiempo, el retirado piadoso hospedaje de su peregrinacion incierta y dolorosa...

Miró en torno, y al lanzar un profundo suspiro, no pudo saber si era de placer, de reposo, de amargura ó de resignacion. Enrique habia desplegado, en la comodidad y elegancia de las habitaciones, todos los conocimientos que le suministraban sus viajes, en cuanto permitian los recursos del pais y los medios de aquellos pueblos.

Y con todo eso, Sofia, al reconocerse sola con las pocas personas de su servicio y compañía, sintió apretársele el corazon, y oyeron sus angustiados sollozos los estrechos aposentos de aquella campestre morada. Volvióse á saludar á Enrique, que no habia querido pasar de la primera antesala; estrechóle afectuosamente ambas manos, pero no pudo articular una sola palabra.

Regresó él precipitadamente á la poblacion, no sin el peso de una penosa duda acerca de la utilidad y eficacia de lo que habia hecho en favor de aquella lastimada criatura; y ella, despues de sollozar mas de media hora á los piés de una Virgen del Rosario que, cubierta de lentejuelas y flores, brillaba en un escaparate de su gabinete, se arrojó casi enfurecida en su lecho, gritando en ronca voz:

— ¡A ver al fin si hay aquí reposo!... ¡A ver si hay aquí paz para el corazon, y para la memoria olvido! ¡A ver si para la imaginacion desbocada tienen estas soledades freno! ¡A ver si para mis ilusiones tienen estos solitarios aposentos frio!... ¡A ver si la esperanza de una hora de sueño tranquilo, de una sola noche de letargo ó de sosiego, es aquí tan vana como todas las pobres esperanzas mias!...

Y al fin, aquella noche su esperanza habia sido premiada, y su doliente oracion atendida. Un día espléndido iluminaba el valle cuando despertó de su profundo no interrumpido sueño...

— ¡Bendita sea la Virgen santa! exclamó con ternura al descorrer las cortinas de su lecho; y mirando al sol que dominaba, encendido, aunque no radiante, el verde anfiteatro de colinas que se abria frente á las ventanas de su alcoba, dejóse caer de rodillas delante de aquel disco que se levantaba sobre los montes, como la hostia consagrada por las manos de un sacerdote entre el humo del incienso.

Acaso por la vez primera de su vida sintió descender sobre su corazon la santa alegría de la soledad y la religion de la naturaleza, sentimientos suaves y consoladores, que á las veces el cielo anticipa, como preparacion de mas robusto alimento, á aquellas almas extenuadas y enflaquecidas, que no pueden elevarse todavía al deleite de la virtud y á la religion de Dios.

Pero no era, al fin, el resplandor de aquellos días y de aquellos horizontes la lumbre radiosa que habia brillado en el oriente de su vida.

No era aquel aire, la abrasadora atmósfera en que se habia abierto á la respiracion la actividad meridional y combustible de su seno calenturiento; era una luz desvanecida por un cendal trasparente, quebrantada por un cristal azulado; era un temple de setentrional primavera, perfumado y vaporoso, como el de un jardín muy regado.

Habiase sentido desfallecer desde el primer instante bajo la impresion de aquella atmósfera blanda; de aquel resplandor amortecido: y en una ilusion halagüeña de

las que le presentaba tan á menudo su imaginacion enfermiza, confundia el predominio de la voluntad con lo que era solamente el mismo rendimiento de su flaqueza.

Pareciale que su sangre no corria tan rápida, que sus palpitations eran menos sonoras, que sus memorias eran menos ardientes, y que el mal fisico, distraccion y desahogo de sus penas morales, se agravaria hasta las últimas extremidades con aquella humedad y freseura; que á tal punto habia llegado la impotencia de sus desesperados esfuerzos, y la importuna tenacidad de sus visiones, que era esta triste esperanza bálsamo de consuelo ó punto de reposo para el espíritu atormentado de la expatriada jóven.

Pero esta esperanza no se habia realizado, sino en parte, durante el invierno que acababa de trascurrir, cuando la volvemos á encontrar. La poderosa naturaleza de su lozana juventud suministraba combustible suficiente al fuego de su padecer, sin que divisara en el horizonte la certeza de morir, ni le diera la soledad confianza alguna en adquirir la fuerza de sanar.

El género de vida en que se habia encerrado durante todo aquel período, hubiera podido compararse al ascetismo de una eremita, si la piedad y la oracion hubieran tenido parte principal en aquel aislamiento. Pero lo que hay de éxtasis de felicidad en la contemplacion de Dios, lo hay siempre de padecimiento infernal en la concentracion misera del egoismo. Sofia tenia siempre delante de sus ojos el aspecto de aquel hombre, que poblaba su soledad, reflejo no mas de su misma existencia, adorada bajo la forma de un deseo...

Cuando á orillas de un lago queremos contemplar en su fondo el cielo, encorvada la frente hácia la tierra, é inclinados nuestros ojos sobre el agua, no vemos mas que nuestra propia figura. Sin duda es menester mirar á lo alto, aunque de rodillas sea, para lanzar nuestro espíritu fuera de nosotros mismos, y suspender el alma en el mar de la contemplacion divina, como se bota y confia la desprendida nave en el Océano de las aguas.

Erale, sobre todo durante la noche, importuna é inseparable aquella vision real y externa de sus memorias. Por eso en todo el invierno no habia salido nunca de su habitacion, sino en las horas meridianas de algunos dias claros, cuando brilla el sol con fuerza bastante para neutralizar, con el esplendor de sus reflejos, la insistencia molesta de aquellos fantasmas nebulosos.

Y entonces era, y á la luz del dia, cuando podia disfrutar de la conversacion de Enrique, al cual, en otras horas ó en su casa, el bien parecer impedia que le recibiera sino rodeada de sus sirvientas ó cuando la visitaba con algunos de sus deudos.

De noche podia encerrarse sola con la apariencia de sus lecturas ó de sus labores, de sus oraciones y de su sueño; con el pensamiento de sus intereses, con los cuidados de su salud y de su persona; pero cuidados y quehaceres, lecturas y plegarias, no eran en realidad, delante de Dios y de su corazon, mas que el diario acceso de su infernal é incurable sonambulismo...

Cuando los dias comenzaron á hacerse mayores, las tardes mas templadas y menos húmedos y fangosos los senderos y caminos de aquellos, habia probado á dilatar sus paseos por los alrededores amenos de su residencia; pero los importunos fantasmas y los invisibles acenos acudian siempre á la misma hora, como espíritus emplazados para un aquelarre maléfico; y se presentaban los mismos pensamientos con la regularidad de los síntomas de una dolencia crónica, que tiene marcadas irrevocablemente las efemérides de sus accesos.

Y aun mas todavía aquellas visiones habian tomado en dos ocasiones recientes, una mayor apariencia de realidad. Una vez, á la caída de la tarde, al detenerse para tomar aliento al pié de la cuesta que era el último trecho de camino para su habitacion, habia creído ver atravesar por delante de sus ojos dos figuras, que le parecian algo mas que fantasmas.

Era la una de mujer muy hermosa, jóven, pálida, de lento, interrumpido y trabajoso, aunque elegante andar, que, vestida de negro y cubierta de una gran mantilla lupida, se apoyaba del brazo de un hombre embozado en una capa, el cual de cuando en cuando se detenia para sostenerla.

Al cruzar vaga y nebulosamente por delante de ella, la extraordinaria belleza de la mujer, que tenia el tipo de la raza de aquellas comarcas, no la habia traído á la memoria ningun determinado recuerdo.

En cuanto al hombre que la acompañaba, sus formas se ocultaban del todo en los pliegues de su capa; pero en las líneas de su frente, que cubria un ancho sombrero, en la inclinacion y ademan de su cabeza, en el movimiento de sus brazos, y hasta en el eco del susurro de su acento y en el resuello de su respiro, habia para la alucinada jóven como el reflejo de otra vision, que la hizo vivamente estremecer: habia corrido por sus miembros el escalofrio de instintivo terror con que el cabello, espeluzado en la frente, revela al viajero nocturno, sin aguardar á la vision de los ojos, la presencia de una fiera.

Y sin embargo, habia dudado de sí misma; y sin embargo, no habia hecho pregunta alguna. No tanto temia ser indiscreta como se asustaba de poder revelarse visionaria; y solamente, despues de aquellos extraños encuentros, apresuraba la hora de poner término á sus paseos, antes de que la sorprendiera la peligrosa noche.

Pero cuando ya la primavera se hubo enteramente declarado, y que los sábados, á la hora de la oracion, se reunian los aldeanos en la iglesia para cantar la Salve á la Virgen, su patrona, una tarde, regresando á su residencia, se creyó tambien llamada por el tañido de la

campana, que sobresalia entre los mil vagos ruidos del anochecer.

El templo de donde aquella endeble y aguda vibracion partia, estaba escondido, por un grupo de árboles, entre la encañada de dos colinas. Dirigióse á él Sofia por los sonos de aquel toque, y hallóse á poco á la orilla de una fuente que, manando de una alta peña, cubierta de sauces y laureles, forma á sus piés ancha y cristalina taza.

Coronábala por lo alto un poyo de piedra, que servia de antepecho á su explanada, y mas allá, casi al arrimo de otra mas alta roca, segundo escalon de la que cubria el manantial, blanqueaba la rústica iglesia, cuyo campanario se reflejaba en la transparencia de la rebosada concha. Era tarde ya, y el sol poniente, dando de soslayo, dibujaba un iris de oro sobre las grietas del peñon y sobre las musgosas paredes de la capilla.

Sofia miraba á lo alto de la peña, como buscando con los ojos la subida que conduce al atrio y pórtico, cuando pareció observar que en el banco ó poyo que sobre la fuente caia, estaba sentado un hombre vestido de negro. Volvió á sentir en aquel momento su acostumbrada impresion de terror, tan súbita é inesperada entonces, que le impidió volver á levantar los ojos; pero por un movimiento instintivo de curiosidad, alargó la cabeza sobre el pilon cristalino, donde debia retratarse su figura. En aquel mismo punto la figura se levantaba y se desvanecia. Estaba vuelta de espaldas, y Sofia solo alcanzó á vislumbrar, entre los reflejos del cielo, de la atmósfera y del ramaje, el vago perfil de una cabeza inclinada, que pasó como uno de esos contornos humanos que una nube traza por un instante, y que al volver á mirarlos, el viento ha deshecho...

¿Por qué aquella nube la hizo estremecer?... ¿Por qué aquel vago reflejo no pasó por sus ojos como por sobre el pilon del agua?... ¿Por qué aquella negra silueta dibujó en su alma una sombra permanente, como una impresion fotográfica?...

Una campanada de la iglesia, que repetia su repique, bastó apenas para cortar el hilo de las medrosas preguntas que á sí misma se hacia. Trémula y trepando aprisa por la rampa que rodeaba la peña, tenia esperanza de encontrar en el atrio el objeto de aquella vision que habia causado su sobresalto.

Pero bajo los árboles, y al pié de aquellas paredes, la claridad de la tarde era muy turbia y dudosa. Cuando salió á la explanada, otra sombra se atravesó en su camino, pero ni huia de ella, ni ella de su aparicion se espantaba.

Por el contrario, al reconocerla dió un grito, como quien pide auxilio en un riesgo, como quien mira la realidad, despertando de un sueño penoso. Una mano amiga se le tendió para apoyarla y sostenerla. El hombre que tenia delante era Enrique.

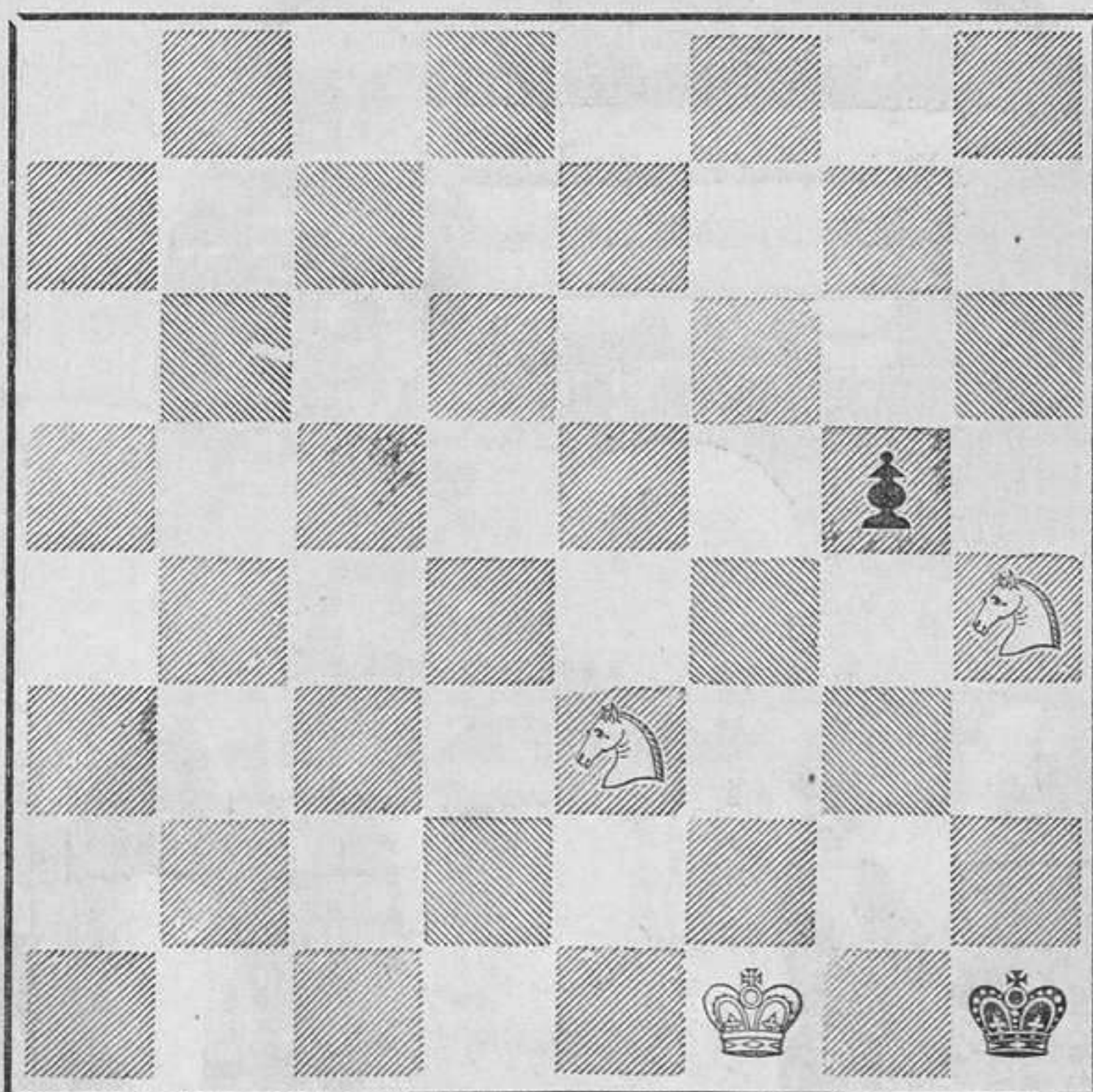
Problemas de ajedrez.

Solucion del número 320

- 1 A 4ª Ra R juega
- 2 P 3ª Ra jaque R juega
- 3 P 4ª CR jaque-mate.

PROBLEMA NÚMERO 321, POR M. FAYSSE.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas dan jaque-mate en cuatro jugadas.

Los Editores-Propietarios responsables,

X. DE LASSALLE y MÉLAN.

Paris. — Tipografía de A. Marc, 22, rue de Verneuil.

— ¡Qué! ¡Sofia!... le dijo, tomándola de su brazo, ¿te asustas de mi presencia?...

— ¡Oh! No por cierto, contestó Sofia... Por el contrario... Tal vez lo que me ha infundido algun sobresalto ha sido tu desaparicion...

— ¡Mi desaparicion!... replicó con extrañeza Enrique... no te comprendo...

— Pues qué, ¿no huiste de mí al acercarme á la fuente? dijo su prima con cierto aire de inseguridad en su pregunta.

— Pues qué, Sofia, replicó Enrique, despues de reflexionar un momento, ¿huyó alguien de tí cuando te acercabas á este sitio?...

— ¿No estabas tú, Enrique, insistió ella, sentado hace poco en ese banco de piedra, y no te levantaste al verme, como si no quisieras encontrarme?...

Demudóse al escuchar esto el semblante de Enrique mas de lo que tenia de costumbre aquella serena fisonomia. Las palabras de Sofia parecian haberle impresionado de una manera que ella misma extrañó vivamente.

— ¡Qué lástima! murmuró Enrique, preocupado ó distraído, como hablando consigo mismo; y la mirada que al mismo tiempo dirigia á su prima era tristísimamente intensa y vivamente escudriñadora. Sofia se aterró. Parecióle entrever que Enrique la miraba como un demente, que leia tal vez en sus ojos señales de extravío mental, y que aquella vision de que le hablaba no habia sido mas que una de tantas ilusiones de su alucinado cerebro.

Por eso tenia empeño en salir de la duda; por eso, reiterando con ahinco su pregunta,

— Respóndeme, Enrique, si de ello soy digna, continuó, ¿no estabas tú, poco há, sentado sobre ese banco?...

— No, querida amiga, le respondió con ternura su primo... Yo no huyo de tí cuando salgo á tu encuentro, cuando vengo en tu busca... ¡Pero... tampoco te aterro cuando desaparezo, añadió con tristeza... No era yo.

Un tanto repuesta de su inexplicable terror, Sofia se apoyó con fuerza del brazo de Enrique, procurando tranquilizarle y tranquilizarse.

— Ven, ven, pues, le dijo: vamos á hacer oracion... La iglesia de Dios presta mejor abrigo á las almas padecidas é inquietas, que la bóveda del cielo...

Era en efecto la hora de la oracion, y al toque de las agudas campanas se habia reunido en el atrio crecido número de aldeanos. La santa plegaria iba á comenzar, y entráronse todos en la iglesia para entonarla con e sacerdote.

La canturia popular de las oraciones ordinarias de la Iglesia es inimitablemente melodiosa, original y sentida; acomódase á todas las voces como á todas las edades, y hoy todavía, habituados á los prodigios de la música moderna, no nos es dado oír sin emocion profundísima la declamacion de una salve ó la elegiaca salmodia de una letanía de la Virgen.

Sofia subiósese por la iglesia, atraída y embelesada por la dulzura de un canto, cuyas monótonas cadencias parecian adormecer sus penas, cuyos devotos gemidos, desahogo de todos aquellos rústicos dolores y de todas aquellas olvidadas amarguras, acompañaban y ensordecian las palpitations de su siempre sobresaltado corazon. Enrique habia adivinado en ella el deseo de rezar ó llorar libremente, confundida entre los pobres pecadores. Habiala dejado ir hácia el altar con la muchedumbre, quedándose para esperarla cerca de la puerta...

Concluida la salve y cuando el párroco prosternado en las gradas del altar, rezaba en voz sumisa las postreras oraciones, otro hombre arrodillado á su espalda leia fervorosamente en un libro de horas, y respondia el amen á las preces del sacerdote. En el momento de mirarle, Sofia, sin esperar á nadie, se levantaba de improviso y buscaba la puerta del templo apresurada.

Enrique, en el cual ni reparó al salir, siguió tras ella con extrañeza y miedo de que algun grave acceso de mal la hubiera acometido. Sofia continuaba andando muy deprisa, y no respondia á su primo que la llamaba en vano.

Cuando llegó á su lado, la halló bañada en sudor y pálida como la muerte. Se dejó asir del brazo, pero no decia nada, no respondia nada; no veia las lágrimas desesperadas de Enrique, y solo de cuando en cuando murmuraba con voz gutural y anhelosa:

— ¡Por todas partes!... ¡por todas partes!...

Llegaron así al pié de la escalera de la casa de Sofia, ella en silencio y con la mirada feral del sonámbulo asustado; Enrique contemplándola de hito en hito, como para fascinarla ó comprenderla.

— Sofia, le dijo llegando y con acento mas bien de imperio que de pregunta, ¿nada tienes que decirme, nada que explicarme?...

— Nada... contestó Sofia con desusada frialdad... Nada, ni ahora, ni nunca.

— ¿Ni nunca?... repitió con terror de desesperacion aquel hombre.

— No, nunca... jamás, Enrique, prosiguió Sofia con acento extraño y mirada frenética... Nunca... jamás... nada esperes de mí... como nada espero yo... Yo te podré tener á mi lado, porque Dios lo manda y lo quiere... Así tengo la vida... así me tengo á mí misma... Nada soy yo... nada eres tú...

Y soltando el brazo de Enrique y subiendo sola la escalera, como si la vinieran persiguiendo, murmuraba en ronca y ahogada voz:

— Por todas partes... nada hay mas que él... por to-

das partes, por donde quiera... para siempre... nada más que él. En el mundo estaba él... en el campo está él... en el templo está él... en el lecho nupcial estaría él... en el cementerio estaría él... Si yo me casara él sería el sacerdote... si me mataran, él sería mi verdugo...

Enrique no pudo oír estas palabras... había quedado en el primer escalon, mudo de terror y sobrecogido de espanto. Hizo todavía un esfuerzo desesperado para que la compasión se sobrepusiera á su sorpresa y á su dolor.

(Se continuará).

El aspecto de Paris.

EXPLICACION DE NUESTROS DIBUJOS.

Paris presenta en estos dias un aspecto tan nuevo, que todo nuestro número no bastaria para ofrecer á nuestros lectores el múltiple aspecto de esta capital amenazada de un sitio. Todo se vuelve episodios interesantes para el dibujo. La multitud de trabajadores que corre á las fortificaciones para completar la defensa, la prision de los vagabundos y de las mujeres de mala vida, la expulsion de los alemanes, los jóvenes voluntarios que se ejercitan en las plazas, los extranjeros y las personas que deseaban abandonar la capital y se apiñaban en la Prefectura de policia buscando pasaporte.

Mientras unos salian entraban otros. Los habitantes de los pueblos circunvecinos abandonaban sus campos y sus casas y venian á buscar un refugio en Paris, con sus cosechas, sus muebles y todo cuanto poseian. Damos un dibujo en la página 221 que repre-



Manifestacion delante de la estatua alegórica de Estrasburgo en la plaza de la Concordia.

senta esta mudanza en masa á su paso por la grande avenida de los Campos Elíseos.

Además, llegaban tambien inmensas manadas de bueyes, interminables rebaños de carneros que enviaban al bosque de Boulogne (véase página 220) y á otros paseos públicos, con provisiones de harina, arroz, etc., cargadas en los carros de los ferro-carri-les.

Entre tanto el patriotismo de la capital se traducía de un modo ostensible, por manifestaciones como la que figura el primero de los dibujos de esta página.

Era el domingo 4 de setiembre el dia de la proclamacion de la República.

Algunos guardias nacionales y móviles reunieron varias espadas y las depositaron al pié de la estatua de Estrasburgo, en la plaza de la Concordia, que estaba cubierta de flores.

La emocion se hizo general cuando se vió á un guardia móvil arrojar sobre la estatua y abrazarla con efusion.

Un pilluelo escaló el zócalo y entregó al móvil un cartel que ha quedado colgado en la estatua. En este cartel se lee la siguiente inscripcion:

HONOR AL GENERAL ULRICH.

Todos los presentes se descubrieron y prorrumpieron en entusiastas gritos de ¡viva la República! ¡viva la Francia! ¡viva Estrasburgo! ¡viva el general Ulrich!

Desde aquel dia las manifestaciones se suceden al pié de la estatua, que representa á la heroica ciudad de Estrasburgo.

R. S.



PARIS. — Los alemanes en la Prefectura de policia, en cumplimiento del decreto de expulsion.